

Boletín de la
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ♡ ♡ ♡ ♡



Abril a Junio 1931

Año X • Núm. 31

SUMARIO

	Páginas
I.—Una Estampa de 1830, por <i>don Benigno Íñiguez González</i>	81
II.—El Tesoro de la Catedral de Córdoba, por <i>don José Manuel Camacho Padilla</i>	93
III.—De otros tiempos: Cómo se solucionaba una huelga de campesinos en el siglo xvi, por <i>don José de la Torre</i>	103
IV.—Napoleón: Poema, por <i>don Carlos Rubio</i>	107
V.—Noticias.....	129
VI.—Bibliografía.....	131

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

D. José de la Torre y del Cerro, Presidente.

D. Antonio Carbonell, don Antonio Gil Muñiz y don J. Manuel Camacho Padilla, Vocales.

PRECIO DE SUSCRIPCION

Diez pesetas al año.—Número suelto, tres pesetas.



BOLETÍN

de la

Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - DE CORDOBA - -



Año X

Abril a Junio 1931

Núm. 31



1931

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17

CORDOBA



BORELLI

1800

1800

1800

1800

1800

1800

1800

1800

Boletín de la Academia

DE

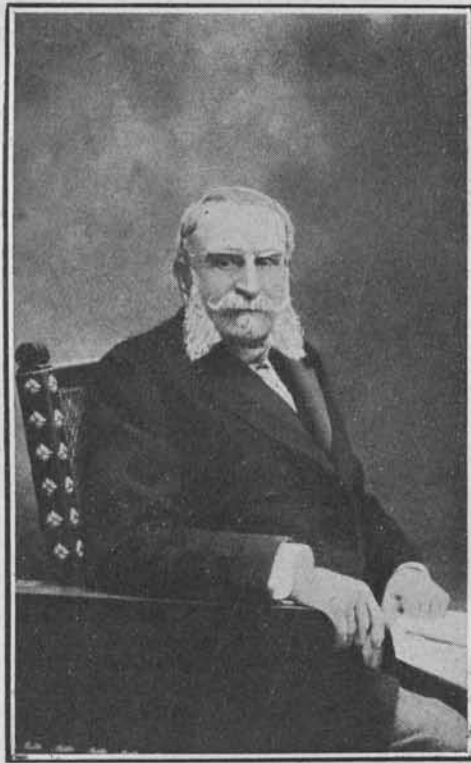
Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

AÑO X

ABRIL A JUNIO 1931

NÚM 31

GALERÍA DE HOMBRES ILUSTRES QUE PERTENECIERON A LA ACADEMIA



DON ANTONIO AGUILAR Y CORREA

ABOGADO Y POLÍTICO ESPAÑOL
MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO Y DE MOST
CONDE DE LA BOBADILLA

Nacido y muerto en Madrid, tuvo en Córdoba ascendiente político y justo renombre. Escribió cinco libros interesantes. Fué Director de la Academia Nacional de la Historia y Presidente de la de Ciencias Morales y Políticas.

Una Estampa de 1830

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si yo comenzara dándoos las gracias por haberme concedido el honor de dirigiros la palabra en la apertura de este curso académico, no haría más que repetir lo que se ha dicho tantas veces en ocasiones semejantes, llegando a constituir fórmula de cortesía que, por serlo, como todas las fórmulas sociales, ha perdido su primitiva significación, quedando reducida al valor del saludo entre personas educadas. Y sin embargo, en el caso actual y por las circunstancias de encontrarme yo desde hace tiempo alejado de la vida literaria y aun de la social, y sabiendo que en esta época, y probablemente en todas las épocas, para que se tengan en cuenta los hombres, hay que colocarse muy al paso, desde luego reputé por honor, y honor extraordinario, la invitación que se me hacía, y al punto la gratitud y la satisfacción obligáronme a aceptar reconocido el encargo, sin pensar en las dificultades de todo género con que iba a tropezar para llevarlo a cabo.

Y éstas surgieron enseguida, al elegir el tema del discurso, pues mi aislamiento me hacía ignorar cuáles eran los que, dentro del estrecho círculo de mis posibilidades, por estar más en boga, tendrían interés bastante para no aburrirnos y hasta, si fuera posible, para distraernos.

Perteneciendo yo a la Sección de Literatura, parecióme lógico tratar tema literario, pero es el caso que a mí me es más fácil componer cualquier obra—muy modesta como mía—que analizar y censurar las de los demás y hasta que disertar sobre las novedades de todas clases que con variedad infinita diariamente recibimos del extranjero o inventamos nosotros, pues mi actitud de toda la vida como lector o expectador, es de tan absoluta buena fe, que me dejó dominar por las bellezas literarias de las obras o rechazo su contenido, sin preocuparme del mecanismo que les da vida, ni de la tendencia, escuela, grupo, etc., a que pertenecen, y pongo desde luego sobre mi cabeza y reputo inmejorable, lo que vigorosamente mueve mi inteligencia o mi corazón, sin meterme en más averiguaciones.

No se me ocultaba, que existe un tema que polariza con fuerza irresistible la atención pública: el de la complejidad del momento político actual. Tema de tal grandeza que, por afectar a la entraña de la vida nacional, salva mezquinos límites partidistas y alcanza altura suficiente para que pueda ser tratado en todas partes, allí donde se reúnan españoles de

buena voluntad. Pero escrúpulos nacidos del carácter especial de esta Corporación, de la desconfianza en mis propias fuerzas para guardar la ecuanimidad y el equilibrio necesarios, y de la misma grandeza del tema, me decidieron a abandonarlo, encontrándome sin saber de qué tratar y comprometido a disertar en este acto.

Entonces pensé que el cuadro de una época histórica cualquiera, por ejemplo, la de un siglo atrás, podía tener la virtud de orillar todas las dificultades, por ser asunto muy en armonía con nuestra centenaria Academia, y ofrecer campo despejado para emitir con libertad los juicios más atrevidos, sin que nadie se pueda sentir molesto ni que quepan suspicacias o malicias, pues entre las pasiones de aquellos hombres y las nuestras, se alza la nieve de cien años, y el plano superior, como corresponde a la marcha ascendente de la humanidad, de nuestras instituciones y costumbres sociales y políticas, nos aleja con sus adelantos y exquisiteces, de esos días nefastos de opresión y absolutismo.

Y elegido el tema, desde luego decidí tratarlo con orientación más literaria que histórica, atendiendo con preferencia al ambiente y al fondo del cuadro en el que, como en los antiguos lienzos de países, las mismas figuras iban a ser fondo, pues fondo y ambiente constituyen el asunto, y así lo titulé:

Una Estampa de 1830

Tiempos de renovación eran aquéllos. La sociedad española había sido sacudida y removida en cuerpo y alma, por el ventarrón de la revolución francesa primero, después por el temporal deshecho de la guerra de la independencia y, últimamente, por las luchas políticas, entre la idea liberal que nacida y propagada en un amanecer sangriento, se apoderó de los hombres más inteligentes, y el absolutismo tosco y denso que por entonces y en la persona del Rey Fernando VII, por la trágica y grotesca a la vez, había encontrado cabal representación.

Muchas veces, ante los cuadros de Goya que lo representan, se inclina el ánimo a pensar, que aquel mago del color tuvo la travesura de caricaturizarle, poniendo al descubierto, con imperceptibles y correctos toques, las siniestras negruras de su alma; pero después, al contemplar otros retratos de distintos autores, alguno quizá de don Vicente López, y advertir en todos idéntica expresión caricaturesca, se concluye reconociendo que el original era, si puede admitirse la frase, caricatura de sí mismo, porque en sus ademanes, en sus gestos y en sus miradas, se desbordaba de su interior y a pesar suyo, lo que por turbio y grotesco parecía puesto adrede en el lienzo para zaherirlo.

Tiempos de renovación eran aquéllos, y acaso de entre los años anteriores y posteriores, el de mil ochocientos treinta iba a destacarse en la

historia y a ser como el punto a donde convergieron los caminos; o como la semilla, que contiene todos los principios; o como la llave del destino, que cierra las puertas de una época nefasta y comienza a levantar lentamente el pestillo de la cerradura que guarda el porvenir. Y como tales cambios y mudanzas no son sino el resultado del esfuerzo colectivo, el pueblo español, y particularmente el de Madrid, compendio y espuma de aquél, se entregaba a las más halagüeñas esperanzas y, a pesar de todos los pesares, se hacía el sordo a los recientes y terribles gritos que sonaron en Cataluña y otros puntos, y sólo tenía oídos para escuchar los presagios de color de rosa que en su imaginación despertaban el llanto inocente de una recién nacida y la sonrisa apacible de su gentil y dichosa madre.

Acaso esa peremne tendencia al optimismo que caracteriza a los españoles, es tanto el resultado de su inocente buena fe, como efecto del clima, en su mayor parte suave y grato, de hermoso cielo y espléndido y vivificante sol.

Todas estas características reunía la tarde de uno de los postrimeros días de Noviembre de mil ochocientos treinta, mes que en Madrid, muchas veces, proporciona los más deliciosos del año.

El Paseo del Prado, desde la punta de Recoletos hasta el convento de Atocha, veíase animado por la concurrencia, ávida de gozar las últimas dulzuras del otoño.

A lo largo del Salón, en la parte destinada a los coches, daban vueltas a la noria los más variados ejemplares: desde el arcaico armatoste con aires de carroza, pasando por el birlocho o el cabriolé alquilón; el doctoral bombé, y la carretela, orgullosa de ostentar soberbio tren de lacayos, arreos, charoles, uniformes, plumas y demás garambainas; al elegante tilburí, última novedad de Londres o Bruselas, como lo era la indumentaria del petímetro que lo conducía y la librea del ocioso servidor.

De la fila se separó una berlina redonda, tirada por ágiles mulas, parándose al borde del paseo. El lacayo, saltó a la puertecilla y ceremoniosamente abrió paso a dos señores, a los que tanto la edad como los sombreros de tres picos y galoneadas casacas que vestían, daban prestancia y autoridad.

Dejaron, desde luego, la estrecha faja en que los paseantes más distinguidos, luciendo, en su mayor parte fraques o envueltos en las airosas capas y cubiertos con sombreros de copa, se apretujaban para conseguir la atención y los saludos de las damiselas de los coches, y se internaron en el Salón.

Allí, aunque era grande también la animación, podía pasearse con amplitud y gozar de las caricias del sol.

—Sí, señor amigo don Miguel—decía el más grueso y orondo de los dos personajes—; la alegría de la corte se ha aguado con la noticia de la muerte del Rey de las Dos Sicilias—. Y luego, bajando la voz y después de una mirada circular, agregó sonriendo:—A la francmasona comienza a nublársele el porvenir.

—¿Qué me dice V., mi señor don Pedro?—replicó el otro, que era bastante más joven, aunque con medio siglo bien cumplido.—Pena y muy honda, tendrá Cristina por la muerte de su amado padre, pero yo no veo las nubes ni nada que se les parezca, pues el mañana pertenece a ese ángel que el cielo guarda para el trono español, y que es el único rayo de luz en el caos que nos envuelve.

—Eso es una blasfemia...—Comenzó a decir el primero, siempre sonriente.

—¡Una blasfemia...!

—Sí señor: religiosa y jurídica—concluyó don Pedro, con la autoridad de sus largos años de oidor y Presidente después de la Audiencia de Manila. Y enseguida, como para quitar acritud a sus palabras, hizo una pausa, y sacando ricos tabacos de la Habana, brindó con ellos a don Miguel.

—Buenas regalías.—Exclamó éste, eligiendo la que fué de su gusto. Y antes que tuvieran tiempo de pensarlo, un pícaro que por allí pasaba pregonando fuego, les presentó la mecha encendida.

—Si la ley es la aplicación concreta de la justicia en abstracto—prosiguió el magistrado—, es una blasfemia suponer a la Providencia interesada en el quebranto de la ley, o sea de la justicia...

—Pero...

—No hay peros que valgan. Según el auto acordado de Felipe V, de 10 de Mayo de 1713, corresponderá la corona a la muerte de nuestro Rey, que Dios guarde, a su hermano D. Carlos María Isidro...

—¡Pero D. Pedro, si...!

—Déjeme V... A menos que antes la napolitana tenga descendencia masculina, lo cual no es creible... dado el estado deplorable de S. M... Ya sabe usted que del desmayo que le tomó hace tres meses en El Escorial, pudo salir a duras penas, y si se repite...

—¡Esa no pasa, no señor, no pasará! ¿Pues qué, no ha sido nada la pragmática sanción de Carlos IV... o es que va V. a negarla, como ahora se estila?

—No, si yo no la niego, lo que niego es que la tal ley tenga fuerza para obligar a S. A., que vino al mundo con anterioridad al mil setecientos ochenta y nueve. en que fué decretada... Además, aquí entre nosotros, es una suerte que así suceda, y usted que es hombre sensato y cristiano viejo, a pesar de su democratismo, acabará por convenir conmigo...

—¡Yo...!

—Sí señor, usted. Porque don Carlos representa el triunfo de la religión y de las ejemplares costumbres e instituciones nuestras, único dique capaz de contener el torrente revolucionario que, so color de libertades y constituciones, con la necia manía de pensar... ¡No se alarme, que sé lo que me digo...! con la necia manía de pensar por quien no sabe discernir, acabará con la Monarquía, cuyos cimientos va socavando, como ha concluido con la Santa Inquisición.

—¡Basta, sí señor...! Mejor es no hablar. ¿De suerte que le parece a usted poco todavía el celo religioso de Fernando...? Pues no lo creería así el padre Castro del Escorial, que es autoridad en la materia, cuando publicó el panegírico titulado: «Triunfos recíprocos de Dios y de Fernando VII». Además, si no existe ya la Inquisición, no es por culpa del Rey, sino de la mudanza de los tiempos, pues ya recordará usted que al general Elío, por haber restablecido el tormento en Valencia, se le concedió una gran cruz, y ¿qué más inquisición quiere, que esas comisiones ejecutivas que alcanzarán triste celebridad con los crímenes de la época de Chaperón...?

—¡Cuidado, ándese con cuidado, don Miguel!

—Con usted, don Pedro, gracias a Dios, no tengo que tenerlo, porque usted, que goza tirándome de lo lengua, aunque apostólico y del cuarto del Infante, no es un espía, como los miles que ha destacado por Madrid el régimen de soplonería, principal instrumento de poder del marido de la jorobada, don Francisco Tadeo Calomarde... No, no haga usted ademán de hablar, si ahora me toca a mí. También cree usted que el Monarca favorece con exceso la ilustración. Supongo que se refiere a la escuela recientemente creada...

—¿Qué escuela es esa?

—¿Cuál iba a ser? La de Tauromaquia de la ciudad de Sevilla, que por cierto está muy en armonía con el españolismo de S. M., aunque no con la protección debida a la raza caballar, por quien se precia de ser el primer jinete del reino.

—¿Y por qué no cita usted el Conservatorio de Música?

—Porque ese se debe a la francmasona, como usted dice. Ya se ve, son tantas las pruebas de amor a las luces dadas por la real familia, que estuvo en su punto la Universidad de Alcalá, y acertó como pedrada en ojo de boticario, al conceder el grado de doctor al serenísimo Infante don Antonio.

—Esan son chanzas, don Miguel—rechazó don Pedro, encontrando muy natural la concesión del título *honoris causa*, como hoy diríamos,—No sólo con la ciencia, sino también con la realeza, se han honrado y se honran las Universidades.

—¿Quién lo niega? Pero don Pedro, si es que en este caso se juntaron las dos. Porque el Infante fué el dichoso autor de frases que animaron la camarilla, donde el Rey, entre los truanescos, pero castizos chistes de Chamorro, el noble aguador de la fuente del Berro; y las discretas advertencias del esportillero Ugarte, del Arcediano Escoiquiz y de otros ilustres varones, encontró la cordura y la sabiduría necesaria para gobernar a España, acreditándose con ello como digno hijo de sus augustos padres.

Don Pedro, que como dijera su amigo, se gozaba en hacerle hablar, temió haberlo llevado demasiado lejos, y sabiendo que por sus palabras sangraban amarguras y dolores muy hondos, se propuso dar fin a la dis-

cusión. Nada mejor para lograrlo, que la ayuda que le llegó de repente. Es el caso, que venía a todo trapo por enmedio del paseo una mujer arrogantisíma, fina y cimbreante, con esa expresión de desafío y desgaire que tan bien armoniza con unos ojos grandes y oscuros, por los que cruzan relámpagos de fuego.

—La Naranjera—decía la gente abriendo paso, mientras estallaban disparados los requiebros y el apodo *Narizotas* corría susurrante de unos en otros. Y allá iba la arrogante maja, cuyo ajustado corpiño, sujetaba a duras penas las gracias de sus atrevidas líneas. Y desde lo alto de la peineta de pico de pato, sobre la que pendía la marfileña blonda de la mantilla, hasta los zapatitos de juguete y raso, todo era bizarría y gentileza en su persona y atavío.

Don Miguel, se paró en seco para contemplarla. El digno magistrado de la Audiencia de Manila, se caló los anteojos... y ambos quedaron con la boca abierta, apoyados en sus bastones de tres altos, viéndola alejarse, con la tristeza con que el buen marino ve perderse en el horizonte la fragata en que ya no le es posible navegar.

A todo ésto, la tarde, despejada y serena en sus principios, tornose desapacible. Por poniente, avanzaban negros nubarrones orlados de tonos sangrientos. Un vientecillo que se levantó, fué corriendo las cortinas del cielo y obligó a los dos personajes a volver a la berlina.

El paseo, había llegado a su mayor grado de animación. Los uniformes militares, de tonos vivos, como los adornados trajes de pasiega; las notas blancas de los zaragüelles y polainas de los valencianos y los colores chillones de las sayas de *aparejo redondo* de tal cual aldeana, salpicaban el fondo oscuro de la multitud.

Un relámpago vivísimo seguido del trueno que retumbó largamente, sorprendió a todos.

Comenzó el desfile. Los de a pié, temerosos del aguacero próximo, se desbandaron en todas direcciones.

Los dos amigos, ordenaron el regreso, al calmarse en el paseo la confusión producida por las encabritadas caballerías, asustadas del ruido de la tormenta.

De pronto, se desgajó de lo alto sobre los mortales, a la luz del relámpago, el disparo monstruoso de un trueno seco que abrió las cataratas del cielo. Pasado el momentáneo terror, cada cual se preocupó de ponerse a salvo.

Los fogosos troncos, de cara a la querencia, y todavía no repuestos del espanto, se entregaban al galope más desenfrenado, con peligro de los transeuntes y aun de los mismos vehículos que arrastraban. Entre ellos, como si concursaran en las carreras, los aparatosos caballos velazqueños, que antes caracoleaban orgullosos de sus arreos andaluces, cribaban la lluvia, tendidas al viento las crines y las colas largas y espesas.

Don Pedro, pesaroso de haber hurgado, acaso con exceso, la herida abierta de su amigo, preguntóle cariñoso:—¿Tiene usted noticias de su hijo?

Ya sabe, querido don Miguel, que este *feota y servil*, sigue queriendo como siempre a Miguelillo el *negro y fracmasón*.

—Pronto espero tenerlas—contestó el caballero, estrechándole con cariño las manos y conteniendo su emoción.—Mañana regresa de Burgos mi pariente el padre Jerónimo y, a juzgar por lo que me da a entender en una carta, debe de haberle visto.

—De suerte, ¿que entró en España con Espoz y Mina?

—Entró... y no sé si ha conseguido salir todavía.

Hubo un momento de silencio.

Sobre el coche, retumbaba la lluvia y los cascos de las mulas, que iban volando, resonaron acuosos en el empedrado de la calle Alcalá.

A la luz escasa de la tarde que moría, la amplia rua, trepidante con el ensordecedor ruido de los coches y del aguacero, convirtiose en torrente. Guarecíase la gente bajo los portales y en los cafés que, como el de Solís, sede de la elegancia, el de la Aduana, El Buen Gusto y otros, encontraban al paso.

Al parar frente a la casa de don Miguel y mientras el lacayo abría la puertecilla, rompió don Pedro el silencio y, despidiéndolo, le dijo:—Esto es menester que acabe, porque usted se está matando a sobresaltos. Permítame que obtenga de S. M. un salvoconducto para que el expatriado regrese con seguridad absoluta. Basta con su palabra de...

—Dios se lo pague. Ya veremos, don Pedro. ¡Ojalá sea posible!.. Pero para darle yo mi palabra, necesito contar antes con la de mi hijo.—Y después de estrecharle de nuevo las manos, se perdió en las sombras del portal.

Y la berlina, continuó dando tumbos por los charcos de las calles, sumidas en la oscuridad, a pesar de los farolillos de aceite, deteniéndose para que levantaran los improvisados puentecillos que hacían posible el tránsito en los cruces de los arroyos, y después de pasar laberínticas callejuelas bajo los chorros cruzados de los canalones, arribó al puerto de un viejo caserón, de alero y balcones salientes, donde moraba el magistrado.

En tanto, don Miguel entraba preocupado en su piso de la calle de la Montera. Las últimas palabras de don Pedro, repercutían en sus oídos con los encantos y peligros de una tentación. ¡Volver a tener cerca al hijo expatriado, única razón de ser de su existencia! ¡Encontrar siempre en el hogar el amado rostro, en el que los rasgos y la expresión de la madre muerta, nunca olvidada por el caballero, acusábanse con mayor firmeza y energía!

Pero era necesario proceder con cautela y no fiarse de palabras ni de ofrecimientos. Porque si bien conocía la intachable lealtad del viejo Presidente de la Audiencia de Manila y descansaba en sus promesas, por encima de todos estaba la voluntad real que no se detenía en palabras ni en juramentos. Y a su imaginación, excitada y vibrante de esperanzas y temores, acudían en tropel las ya lejanas escenas del Escorial, cuando Fernando conspiraba contra sus padres, revolviéndose después iracundo, una

vez descubierta la miserable trama, para señalar sus cómplices y cargar sobre ellos todas las culpas. Rápidamente cruzaban por su memoria destierros, prisiones, fusilamientos y vejámenes de todas clases de que fueron víctimas los hombres más ilustrados de su tiempo, por el horrendo delito de querer ser gobernados como ciudadanos conscientes y libres, sin tener para nada en cuenta que aquellos varones supieron defender con su sangre la Patria y arrancar del poder extranjero y conservar para su Rey el trono de Fernando y de Isabel. Y mientras la multitud, turbia y soez, se revolcaba, borracha de sangre, en la plaza de la Cebada, ante el patíbulo, o al grito de *vivan las caenas* sustituía los caballos del coche del Deseado, éste convirtió el disimulo y la farsa en fundamento de su política y, con maquiavelismo grosero, laboraba en las sombras contra lo mismo que defendía en público, y así nunca se creyeron más seguros sus ministros, ni fueron más obsequiados por el Soberano, que cuando les tenía decretado el destierro. A pesar de tantas negruras, el corazón se abría a la esperanza. Aquella niña recién nacida, la tierna María Isabel, destinada a ceñir la corona de España, bajo el amparo de una madre buena, bella, liberal, amplia y tolerante, era el sol que ya se anunciaba y que, sin haber salido todavía, ni ser bastante a disipar las tinieblas, comenzaba a teñir de rosicler los cielos y las nubes.

Don Miguel, vivía en compañía de su hermana doña Dolores, vieja solterona, cinco años mayor que él, y de su sobrina María Josefa, hija de una prima hermana.

Ambas mujeres, habían notado, por la fijeza de la mirada del caballero, la preocupación de su espíritu.

Cenaron sin hablar palabra. La rojiza luz que arrojaba, sobre los adomados manteles de grano gordo, el velón de cuatro pabilos, velada por las metálicas pantallas, apenas permitía distinguir los lienzos oscuros, de asuntos religiosos, de las paredes; la sillería de nogal y enea; la vajilla y cristalería del aparador, y el brasero de azófar, descansando en la tarima brillante, constelada de clavos de bronce.

—Mañana llega el padre Jeronimo...— Dijo gravemente don Miguel, e hizo una pausa.

Las dos mujeres, sobresaltadas por la noticia, mirábanle ansiosas los ojos, queriendo adivinar lo que vendría después.

—Llega de Burgos, y espero que traiga noticias de Miguel.

Doña Dolores, lloraba en silencio. María Josefa, pálida y anhelante, ante la escrutadora mirada de su tío, se puso roja, bajó los ojos y no volvió a levantarlos en toda la noche.

Rezaron el rosario. Y cuando dieron las diez las campanas del convento más próximo, en la casa, oscura y silenciosa, sólo se oía el ruido del turbión.

* * *

Al filo del mediodía, entraba don Miguel en el patio de la casa de postas. Estaba desierto. Sólo un sacerdote, cubierto por el enorme sombre-

ro de teja, de los llamados de tres sillas, y portador de un paraguas rojo lo suficientemente grande para resguardar su respetable humanidad con sombrero y todo, leía las advertencias, horas y tarifas puestas al público sobre el poste anunciador.

Llegaban gentes de la más variada condición, y entre ellos el Padre Superior de los Agustinos, que iba con el mismo objeto que don Miguel, y pronto trabaron conversación.

Poco antes de la una, y cuando ya el público, que no se resignaba a recluirse en la sala de espera, paseaba impaciente por el patio, se oyó a lo lejos leve rumor, que fué aumentando y convirtiéndose en trepidación formidable.

—¡La diligencia! ¡Ya viene ahí!

Y todavía al trote, cubiertas de espuma y salpicadas de barro, como lo estaba el antediluviano coche que conducían, entraron las siete mulas, resonando los cascos en los guijarros del zaguán, contenidas por el postillón y el mayoral que, empuñando las riendas, con su chaqueta de astracán y pantalón de piel de oveja, desde el pescante les gritaba:—¡Sooo... Coronela! ¡Zagalaaa!..

Procediose al reconocimiento de los pasaportes, comenzando por los de la berlina.

—Don Cayetano González Parias y señora.

—Nosotros somos.

—Don Ricardo de la Puente Palma e hijo.

—Fray Jerónimo de la Santísima Trinidad y el mozo de mulas.

—Para servir a Dios y a V... El criado es aquél...— Decía señalando un mozangón con barba de veinte días, que en el departamento interior se esforzaba desmañadamente por ganar la salida, sin conseguirlo.

El padre Jerónimo estrechó al caballero con afecto, y muy bajo, pero imperativamente, le advirtió:—¡Cuidado con hacer gestos ni pronunciar palabra, veas lo que veas!

En un santiamén fué desenganchado el tiro y descargada la baca del coche, por la escalerilla puesta a su flanco, de baules, sacos y demás envoltorios.

Don Miguel, en compañía de su pariente y del Prior de los Agustinos, dejó el patio de la casa de postas, convertido en feria de sentimientos y sorpresas. Iba callado, marchando como autómatas, sin oír las palabras que le dirigían ni tener ojos más que para las mulas que calle arriba, y con los dos criados del convento, el recién llegado y otro que allí esperaba, eran portadores de los equipajes de Fray Jerónimo de la Santísima Trinidad.

Al regresar a la casa, se encerró en su cuarto, sin hablar con nadie. Paseaba intranquilo, de un lado a otro, sobre las silenciosas esteras de pleita, sumido en la mayor confusión, en la que sólo se destacaba una idea fija: ¡su hijo! aquel hijo que, todavía muchacho, allá por el año diez y nueve o veinte, se daba trazas para entrar, burlando la vigilancia pa-

terna, en las sociedades secretas, y escuchar emocionado a los oradores, especialmente a Alcalá Galiano, en la Fontana de Oro, cuya elocuencia le arrebatava y con quien, a pesar de la diferencia de edad, llegó a sostener amistosas relaciones.

Y esta amistad le fué fatal, porque a pesar de no haber nunca tomado parte activa en la política, se le hizo objeto de estrecha vigilancia durante la época del terror, prevención que fué aumentando, en vez de disminuir, con el transcurso del tiempo, hasta el punto de tener que ausentarse de la Corte y refugiarse en Barcelona, a fines del veintiocho, cediendo a los reiterados consejos de don Pedro.

En la Ciudad Condal, pasó dos años tranquilos, pero a la retirada de los restos de las tropas francesas, venidas a la península para restablecer a Fernando en la plenitud de sus derechos absolutistas, sucedió la política desatentada del feroz Conde de España, consistente en prisiones, destierros, confiscaciones y, según los partes oficiales, *lanzamientos a la eternidad* de tantos desgraciados, con la asistencia personal, muchas veces, del religioso caudillo, que llegó a bailar ante la horca y a entonar la burlesca marcha de las «Habas Verdes». Entonces fué decretada la prisión de Miguel. La amistad del glorioso tribuno le perseguía como una maldición. Y es que el Monarca no olvidaría nunca al que en las Cortes de Sevilla osó proponer y obtuvo su declaración de incapacidad, único medio de reducirlo a la obediencia.

Merced a circunstancias casuales y fortuitas, logró el joven ponerse a salvo y, tras de muchas privaciones y angustias, consiguió ganar la frontera.

Hacía, pues, tres años, que don Miguel no veía a su hijo. Y ahora, de pronto, cuando menos lo esperaba, en los terribles momentos que la reacción ocasionada por las recientes incursiones de Mina y de los coroneles Valdés, Chapalangarra y otros, inauguraban de nuevo la era de sangre, arrostrando los mayores peligros, tenía el inconcebible atrevimiento de presentarse en Madrid.

Y ¿qué resolución adoptar en aquel conflicto? Pasaban las horas, y su alma, combatida por el temor y la alegría, vacilaba indecisa.

Obligarle a huir de nuevo, expuesto a caer en manos de sus perseguidores, era inhumano.

Después de todo, no quedaba otro remedio que acogerse a la esperanza y aceptar, de ser posible, los ofrecimientos que don Pedro le hiciera la tarde anterior.

Tomada esta resolución, y ya cerca del obscurecer, llamó a las dos mujeres para comunicarles la noticia. Doña Dolores se le abrazó llorando, impaciente por estrechar contra su corazón al ser para el que guardaba todas las ternuras recónditas de su maternidad frustrada.

María Josefa, sin poder disimular la emoción que animó sus lindos ojos, profundos y negros como su pena, y entonces brillantes como su alegría, se refugió en la sala, delante de la consola de caoba, en la que, bajo

la urna de cristal, un Niño Jesús, desnudo y sonriente, apacentaba los corderos, y al ver al dulce y callado confidente de sus mortales amarguras, cayó de rodillas exclamando:—¡Gracias, gracias, Niño mío! ¡Ya ha venido Miguel!—Y terminó con un sollozo, ahogado en un mar de dulcísimas lágrimas.

Poco después, o sea en ese momento del crepúsculo en que todavía no es de noche, pero las sombras velan ya los seres y las cosas, embozado hasta los ojos, se presentó el joven.

Imposible describir la escena de la llegada. El recibimiento fué silencioso, porque el idioma del amor, en los momentos supremos de la existencia, es mudo siempre. Rayo de eternidad concedido por Dios a los mortales, huye de ser profanado por el lenguaje de los hombres.

Pasadas las primeras expansiones, después de ese tiroteo de preguntas que no escucha las respuestas, atentos más que nada al gesto, a la expresión, al sonido de la voz, a los detalles del traje y a las minucias de la persona, y una vez que cenaron y fueron levantados los manteles, Miguel les fué contando su odisea, los largos meses de destierro, en Inglaterra primero y por último en Francia, atraídos a ésta por la revolución que en Julio ensangrentó las calles de París, y por la favorable acogida y auxilios facilitados por el gobierno de Luis Felipe de Orleans.

Enseguida, los planes revolucionarios de Bayona que, como siempre sucede en España, fueron esparcidos a los cuatro vientos y conocidos en Madrid en sus menores detalles y con la anticipación necesaria para desbaratarlos.

Y últimamente, la incursión por Navarra y las Provincias Vascongadas, esperanzados en que la sola presencia de las tropas de Espoz y Mina levantarían el país, harto ya del abominable tejido de traiciones, sobresaltos, miserias y crímenes, que desde tantos años atrás pesaban sobre la pobre España.

Aquello terminó trágicamente. La mayor parte, murieron en los campos a manos de las tropas del general Llauder, y Mina y algunos más, entre los que se encontraba Miguel, debieron su salvación a un incidente novelesco, pero estuvieron a punto de ser cogidos prisioneros.

Entonces, disfrazado de arriero y en unión de otros que verdaderamente lo eran y que iban a Burgos, se decidió a acompañarlos y, una vez allí y habiendo visto al padre Jerónimo que pronto emprendería el viaje a Madrid, se dejó tentar por la blanda ilusión de regresar a sus lares.

—De suerte dijo don Miguel, que tú te quedas con nosotros y renuncias a esas ideas extremas y me das palabra de no volver a las andadas.

—¡Eso jamás!—exclamó, sin vacilar, el joven.

El padre, lo miró con los ojos llenos de lágrimas, vislumbrando en tanta firmeza, amarguras y penas sin cuento. Lágrimas santas, de amor justamente alarmado, pero también de orgullo de ser padre de aquella naturaleza generosa y valiente.

Todavía, retiradas las mujeres, platicaron los dos largo tiempo. Y cuan-

do el joven se dirigía al dormitorio, después de haber dejado en el suyo a don Miguel, al pasar por la sala, oyó un suspiro. Era María Josefa, llorando acongojada ante el Niño Jesús.

A pasos quedos, llegó a su lado y suavemente la levantó en sus brazos.

—¿Por qué has venido, exponiendo tu vida?..

—¡Por tí, María Josefa, por tí!.. ¡Por que no puedo vivir sin verte!

Y un beso largo, apasionado, silencioso, fué el premio bendito de aquel viaje.

El niño Jesús, sonreía con dulzura, desde su urna de cristal. Se oyeron unas campanas y en la calle se alzó la voz aguardentosa del sereno cantando:—Las dos en punto... y nublado.

* * *

Señores Académicos: Ha llegado el momento de dar fin a mi trabajo. El panorama español en mil ochocientos treinta, es tan amplio, que no he intentado siquiera comprenderlo en esta estampa. Son ligeros apuntes, nada más, sin otra finalidad que la de distraernos en el día de hoy.

Atracción inmensa ejerce sobre el que lo estudie, este momento histórico en que el carlismo disponíase para la gran batalla del siglo, por que esas guerras, sostenidas aparentemente por la posesión de un trono, tenían y tienen más profundas raíces, pues representan la lucha sin cuartel entre dos ideas antagonistas, irreconciliables, que todavía dura y durará, con don Carlos o sin él, mientras aliente uno de los dos adversarios.

Por estos mismos días, un siglo atrás, Carmen, la bella y felina gitana que nació al conjuro del arte mágico de Merimé, para desplegar por el mundo su bandera de gracia y bizarría, recorría las calles de Córdoba, alumbrándolas con su hermosura.

Ya habían sonado en Francia, la que nos asumió en el absolutismo, con las huestes del Duque de Angulema, gritos libertadores en la política y en el arte y así, en Febrero y entre el escándalo producido por los detonantes chalecos de Gautier y las rebeldes y románticas melenas, triunfaba Víctor Hugo con Hernaní, y en Julio era destronado Carlos X por amordazar la prensa.

En España, Mariana Pineda bordaba la bandera que había de llevarla al patíbulo y darle vida inmortal. Las playas de Málaga, aguardaban la sangre generosa de Torrijos y de sus cincuenta y un compañeros. Al pistoletazo literario de Werther, iba a responder en la realidad la pistola de Larra. Y en los telares de los sueños, por manos de gnomos y de hadas, se comenzaba a tejer el paño rojo de la capa de don Alvaro.

Noviembre 1930.

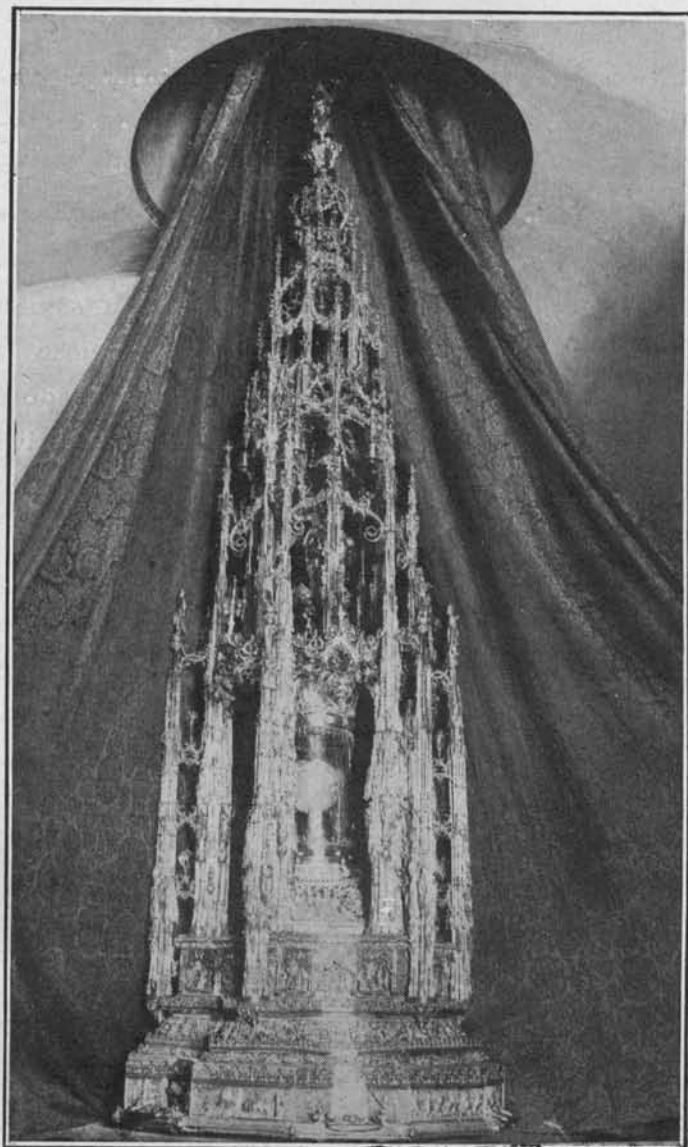
El Tesoro de la Catedral de Córdoba

La Orfebrería tiene mucho de arte cordobés. La labor del orfebre—valiosa materia prima, cuidado exquisito, detalle acabado, exaltación lírica—ha tenido en Córdoba representación constante. Los que, trabajando en la filosofía del arte han hallado, y siguen preocupados por encontrar relaciones entre el arte y el medio físico, el ambiente geográfico que rodea al artista, tienen aquí, en esta ciudad llana y tranquila,—y ya han sabido aprovecharlo alguna vez—documentos indudables; este clima lujurioso y lleno, no acaba de dejar que la línea recta se dibuje; la flor se produce todos los días, con la mayor sencillez, sin aparato crítico; la perspectiva del jardín está renovada siempre con nuevas aportaciones por el contacto de la tierra ubérrima y el sol cálido y azulado.

Pero ante el solo camino de la Orfebrería, uniendo lo abstracto y lo concreto, Córdoba ha sido siempre cuna de estas obras maestras de oro y plata que han intentado perpetuar la idea exquisita y única. Desde el rico tesoro ibérico que figuró como número sobresaliente en la nunca bien alabada Exposición de Barcelona, y que a poco de ingresar en el Museo Arqueológico de Córdoba fué estudiado—con cuidado de orfebre—por Samuel de los Santos, hasta los objetos que todos los días aparecen expuestos en los escaparates, la Orfebrería ha sido arte sobresaliente en nuestra ciudad. Y muchos nombres ilustres podrían figurar en el Calendario artístico de Córdoba, de antes y después de la creación de la Congregación de Plateiros, bajo la advocación de San Eloy, fundada en los primeros años del siglo XVI, esa Congregación que acaso debiera conservar, además de la sagrada unión y del humano y bondadoso amor que respiran las constituciones porque se rige, una muestra de la obra de cada uno de los artistas que a ella pertenecieron, o una reproducción de las obras maestras que salieron de las manos de los orfebres cordobeses. No de otra manera sería fácil reunir una teoría de documentos que pudieran hacer factible la historia de la Orfebrería cordobesa para una sola mirada de conjunto.

A aquel que conozca alguna de las obras salidas de los talleres de Córdoba, no es necesario insistirle sobre la necesidad de este trazado históri-

co. A los que no han parado mientes en ello, por haber considerado estas obras como algo secundario, o porque cegados por otras manifestaciones artísticas no han tenido tiempo de verlo, o simplemente porque lo ignoraron, si es preciso decirles que hay algo de inestimable valor en esta ciudad, que pudiera servir de modelo para su Museo, y que ese algo es el Tesoro de la Mezquita-Catedral.



La Custodia de Arfe.

Y nunca será demasiado el insistir en que es de una importancia excepcional el conocer las maravillas que el arte y la ciencia han ido sembrando por el mundo; pero que para poder comprender esas maravillas, nada tan útil como el habituarnos a conocer nuestra propia casa, tan frecuentemente abandonada.

* * *

Ciertamente, cada vez que visita uno el Tesoro, sale con dos ideas fijas de las que quisiera hacer participar a todas las personas con quienes habla luego. La primera es que ha encontrado allí algo nuevo, digno de admiración, que no vió en las anteriores ocasiones porque la atención fué solicitada por otras obras, o de

más empuje o de más visualidad. La segunda, y ésta cada vez más apremiante, que los objetos de que se compone ese inestimable tesoro están ahogándose por falta de aire, están pálidos y demacrados por falta de luz, están encogidos y medroso por falta de sitio. Creo que el entendido en cosas de arte, no necesita que la obra artística esté ayudada por el am-

biente para que a sus ojos se manifieste con todo el valor que tiene; la obra de arte da para él todo su valor intrínseco a la primera mirada, porque sabe ver a través del aire enrarecido y del sol tamizado por el ventanuco de una bohardilla.

La Custodia, por ejemplo, no ofrece dudas al buen catador. Sabe que en ella está encerrada el alma de uno de los mejores orfebres del siglo XVI. Enrique de Arfe, el magnífico artista alemán que dejó en nuestras iglesias su espíritu lleno de misticismo y su enorme imaginación en la que incubaron atrevidas metáforas de plata y oro. Según dice uno de nuestros críticos jóvenes más enterados, J. Sánchez Cantón, Catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes y Subdirector del Museo del Prado (1) «la Custodia de Córdoba es la obra de plenitud de este orfebre»... «El siglo XV puso en ella sus manos pecadoras, renovándola en 1735 (2) y en 1784; a pesar de ello es tal vez la mejor Custodia de España»... «Es la Custodia cordobesa el más alto grado a que llegó Enrique de Arfe».



Escena de la vida de Jesús en la Custodia.

Estas palabras conque el ilustre Académico de San Fernando expresa su honda y repetida admiración bastan para dar a conocer el alto aprecio que la crítica siente por esa espléndida joya de nuestra Catedral. Y a

(1) Sánchez Cantón F. J. «Los Arfes. Esculturas de plata y oro». (1501-1603). Madrid, 1920.

(2) Llevó a cabo esta restauración Becnabé García de los Reyes, natural de Córdoba, «de quien tal vez sean—según Sánchez Cantón—los relieves del zócalo, la crestería que lo corona, las esfinges aladas que soportan el viril cilíndrico, la Asunción de la Virgen en el interior de la Custodia, los delfines que unen los pináculos al pedestal del Cristo y quizá la estatueta de este Cristo».

poco que se ahonde se verá que no acompaña a su aprecio la estimación popular, la de las gentes de Córdoba, ni tampoco la de la masa general de los visitantes. No basta que don Rafael Aguilar, el culto encargado de ese Museo-Tesoro, llame la atención repetidamente, con el fervoroso entusiasmo del enamorado, y con la delicada minuciosidad del que conoce todos los detalles, ya sobre las escenas de la vida de Cristo, tan ingenua y dulcemente representadas, o haga dirigir la vista sobre el bellissimo San Jorge, aéreo, volante sobre el brillo de la plata que en su aguda y acertada forma parece que lleva al Santo sobre rayos de sol; o sobre la arquitectura total de la Custodia, con la que se ha querido hacer una morada espiritual, en la que miles de reflejos se cruzan y entremezclan llenando los ojos de luz. La Custodia no se ve, por el público no especializado, a pesar de la buena intención. En aquella hornacina mísera, en

donde la luz entra vergonzante, la valiosísima alhaja está como castigada a no lucir su aire maravilloso, ni su gentil continente y alegría (1).

También es de Arfe esta bellísima Cruz procesional llamada la *Cruz Antigua*, llena de hermosas cresterías góticas y exquisitamente labrada.

Es verdad que Enrique de Arfe no es cordobés; pero las obras que de él se conservan en nuestra ciudad deben considerarse como cordobesas, siguiendo lo que dice el Marqués de la Fuensanta del Valle en la página 322 de la obra antes citada: «Extrañará al lector que hayamos dicho que la Custodia es la obra principal



Anónimo

de la Orfebrería cordobesa, y nada, sin embargo, es más cierto.

(1) Fué empezada durante el Pontificado de D. Martín Fernández de Angulo (1510-1516). Salió a la calle por primera vez el día del Corpus, 3 de Junio en 1518. Hay de ella una descripción minuciosa en «Colección de documentos inéditos para la Historia de España», tomo CVII, pág. 320, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Madrid, 1893. Esta descripción está tomada de la obra de Pedro de Madrazo «España y sus monumentos» tomo «Córdoba». Barcelona, 1884, en una nota en la página 331.

Su famosa obra es debida al talento de un artista alemán; pero sin ella no se hubieran formado en Córdoba un sinnúmero de artífices que casi han llegado a nuestros días y que han dado a la platería cordobesa, la fama que aun goza en toda España y casi pudiéramos decir en Europa entera.

Enrique de Arfe tuvo que tener a sus órdenes para que le ayudaran en la construcción un gran número de oficiales que tomaría probablemente en Córdoba; y si no tuvo muchos y estos no fueron cordobeses, por lo menos tuvo a Juan Ruíz, conocido por el Vandalino, de quien no se encuentran memorias en el archivo de la congregación de San Eloy, pero de quien habla mucho Juan de Arfe, nieto de el famoso artífice, en su libro *De varia conmesuración*.

Y si la Custodia pasa así, casi inadvertida, ¿qué ocurre en todo lo demás?

A ese Juan Ruíz se ha querido atribuir una obra bellísima, este brasero, cuya labor repujada es de gran mérito. Sería curioso comprobar si esta singular joyita pertenece al Vandalino, pues, según parece, no tenemos de este artífice notable, ninguna muestra en Córdoba; artista meritisimo, como puede observarse contemplando las hermosas Custodias de la Catedral de Jaen, Iglesia de San Pablo, en Sevilla, de las que es autor y el Viril de la Colegiata de Baza.

Sobre el Viril de Baza, no he podido obtener más que este dato.

Libro 18 de Acuerdos Capitulares.—Acta del 31 de Mayo de 1747.

«El Sr. Abad dijo, que con el conocimiento de que la Custodia que tenía esta Iglesia no era la más decente, había mandado hacer en Madrid una de mejor arquitectura y parecer la que estaba ya en esta Ciudad; que suplicaba a el Cabildo admitiera esta corta expresión, no como graciosa, sí



San Rafael, de Damián de Castro.

por satisfacción de los defectos que pudiera haber tenido en la residencia de su Prebenda, recibiendo por obsequio el sonrojo de que no fuera esta dádiva de mayor estimación y proporcionada a sus deseos. Y que asimismo suplicaba a el Cabildo de que si no encontraba inconveniente le nombrara para guarda de esta Custodia y permitiera a dicho Sor. tenerla en su Casa mientras no se necesitara en la Yglesia, a donde se traería siempre que el Cabildo lo mandara; Y oído por dichos SSes. y entendido de que esta Custodia es de plata sobredorada guarnecido el Viril de Diamantes y Esmeraldas y que su hechura es mui particular admitieron en nombre de la fábrica esta dádiva tan apreciable, y dieron muchas gracias a dicho Sor. Abad por su livialidad, zelo y devoción a el SSmo. Sacramento de la Eucharistia, y acordaron su pese, o tomé razón de dicho Sor. Abad de las onzas que tiene y número de Diamantes y Esmeraldas con que está guarnecido el Viril, y se siente en el Inventario de las Alhajas de la fábrica con distinción y claridad y que el Sor. Abad pueda tener en su Casa esta Custodia mientras no fuere menester en la Yglesia para Exponer a S. Magestad».

Un platero cordobés del siglo XVIII, *Damián de Castro*, es autor de algunas obras bellísimas que se conservan en este Museo; una es la Concepción, de más de 1 metro de altura, labrada en 1757 a expensas del Penitenciario Don Juan de Goyeneche, copia de otra Concepción que hay en la Sala Capitular.

Dentro de lo barroco, nada con tanta gracia como esta imagen llena de dulzura. En la Virgen ha sabido reproducir Castro la profusión barroca, todo lo que este estilo, tan fuertemente discutido, tiene de delicado y de fantástico; la gracia risueña que le hace manifestarse como un simple juego de la imaginación, en el que la curva de una nube puede muy bien ir trazando en el azul del cielo la plasticidad de un pensamiento.

Otra es le urna que se utiliza en el monumento de Semana Santa; fué labrada en 1761 y es de un acabado detalle y de un dibujo delicado.

Y otra es una figura próximamente del mismo tamaño que la Virgen, y también de plata que es quizá una de las obras más bellas de este Museo. Es un San Rafael y seguramente de las múltiples representaciones que el Ángel Custodio tiene en su ciudad, ninguna como ésta tan dulcemente amable. Toda la figura es aérea; no acaba uno de creer que aquella masa

que parece efectivamente voladora, está hecha de una materia tan pesada como la plata. Las manos se apoyan débilmente en el aire, y por el aire

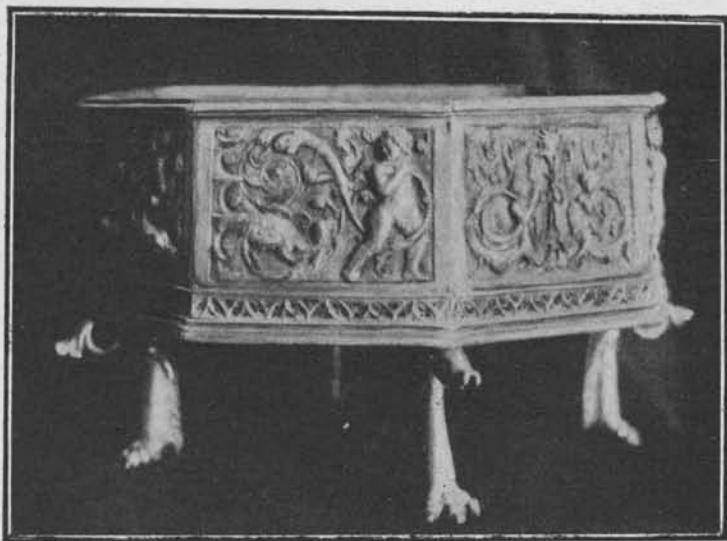
parece también querer cruzar la dulcísima sonrisa de su boca y la suave ternura de sus ojos. Comparando esta imagen con la de la Virgen antes citada se encuentra una gran homogeneidad en la técnica; la suavidad muscular contrasta en ambas con el embrollo de los paños; hay la misma ternura en los movimientos y en la mirada la misma claridad.

Hay además de estas obras, que se destacan considerablemente, otras muchas de un extraordinario interés: vasos, portapaces, relicarios, cruces procesionales y tantas otras cosas que esperan, primero, un sitio amplio donde poder manifestar su historia y su arte y después un hombre profesional y trabajador que emprendiese la tarea de estudiarlos con todo detalle.



Cristo de M. Montañes.

El tesoro de la Catedral no es esto solo; guarda entre sus joyas una Virgen de las Huertas, quizá la imagen más antigua de Córdoba, pues, según todas las apariencias es anterior a la Virgen del Santuario de Linares. El tiempo se ha mostrado con ella cruel y hoy se conserva con bastante deterioro del que solo una mano



El braserillo del Vandalino.

experta y respetuosa con [el arte] pudiera salvarla; es preciso insistir en esto: que no caiga esta Virgen en manos de uno que esté muy acostumbrado a restaurar, porque podría tratarla con desenfado impropio de la antigüedad de esta imagen.

De inapreciable valor son tres Cristos de marfil. Uno es de Martínez



Virgen de las Huertas.

Montañés; véalo el lector y estoy seguro que irá poniendo detrás de su contemplación todos esos adjetivos que las obras de ese temple artístico hacen salir de las imaginaciones capaces de sentir lo bello. Ha figurado en la magnífica Exposición Ibero-Americana de Sevilla. Las cuatro líneas que Salomón Reinach dedica al arte de Martínez Montañés parecen estar escritas después de la contemplación de esta obra admirable: «Montañés fué el maestro de la escuela de escultura española. A la vez ascético y brutalmente realista, produce obras que dan miedo, vibrantes de una vida intensa y dolorosa, cuya elocuencia se dirige más bien a los sentidos que al espíritu».

Del mejor de los discípulos de este escultor jienense, de Alonso Cano, se conserva este otro Cristo, un poco más idealista, pero también lleno de expresiva emoción.

Y por último este otro, anónimo, en el que están aun más acentuados los rasgos dolorosos; en el que parece haberse conseguido el retrato, no de Cristo muerto, sino del hombre en los angustiosos momentos de la agonía.

* * *

Me daría por satisfecho con que estas breves líneas tuvieran la virtud de escitar al estudioso a hacer una guía descriptiva de ese riquísimo tesoro que, mejor que muchos otros, con más títulos que algunos de los que figuran en las Guías de Turismo de algunas poblaciones del otro lado de

los Pirineos, podría vanagloriarse del arte que encierra. Se hace preciso ese estudio; pero creo de mayor precisión todavía el dar a este tesoro la luz adecuada, el aire que merece. Debemos darnos cuenta de que, no es necesario, para ser tesoro, el estar escondido a las miradas de todos y hacinado en informe montón. La magnífica Custodia debería estar colocada en medio de una habitación, a ser posible con luz fácil por todos los costados, y con comodidades para poder acercarse a los



El Cristo de A. Cano.

pisos superiores de ella; pues no de otra manera podrá apreciarse el indiscutible mérito de la mejor Custodia de España. El San Rafael y la Virgen de Damián de Castro, los tres Cristos de marfil y la Virgen de las Huertas deberían estar colocados en altarcitos, severamente decorados, siguiendo la norma con tanto éxito establecida por la actual Dirección del Museo del Prado, de Madrid. Y los demás objetos de que tan pródigamente está provista la Catedral en sitios en donde la luz llegara con facilidad.



San Jorge.

Y de esta manera tendríamos en Córdoba, a más de una interesante Guía del arte que más insistentemente se ha conservado en ella, un Museo bien organizado de enorme valor artístico, de gran importancia histórica



La Virgen de Castro

y de claro amor a lo cordobés ya que en el Tesoro lo mejor y más abundante está producido en Córdoba o por artistas cordobeses. Y nunca como ahora es oportuno el prepararse a colocar el Museo ya que, según parece, hay el propósito de trasladarlo a un lugar más adecuado del que actualmente ocupa en nuestra Mezquita.



La Cruz procesional, de Arfe.

JOSÉ MANUEL CAMACHO.

Cómo se solucionaba una huelga de campesinos en el siglo XVI

Ocurría esto que voy a referir y documentar, a fines de él, en el año 1595. Después de unos cuantos bien calamitosos y de gran penuria, por las abusivas sacas de trigo para abastecer las galeras de S. M. y por las malas cosechas, la situación podía considerarse casi normalizada. Espléndida se presentaba la de aquel año 1595; ya había bajado el precio del pan ante tal perspectiva; cuando inopinadamente, aprovechándose de las circunstancias, los obreros campesinos plantearon la huelga, y con todas las características de las modernas: petición de jornales excesivos, coacciones y asaltos a los que a ella no se sumaron. Tales daños venían ya ocasionando y tan en peligro se vió la recolección, que la Ciudad, autoridad suprema legislativa, judicial y ejecutiva para sus asuntos en aquellos tiempos, hubo de decidirse a poner término inmediato al conflicto, y radicalmente: ante todo el bien de la República, como entonces también se decía; y en su cabildo del lunes 19 de Junio, adoptó los dos acuerdos que a la letra transcribo, aunque no sea para mayor claridad:

«La Ciudad trato çerca de que los travajadores del campo, que van a travajar, a segar y a cabar y otros travajos en los campos y heredades del termino desta çuudad, y que como vale el pan barato se estan holgando y vagando y no quieren yr a travajar, sino es a tan eçesivos preçios que casi montan mas los jornales que lo que hazen, y con esto andan vagando y no se hazen las haziendas del campo, de que se rrescibe notable daño y agravio; para rremedio de lo qual la Ciudad acordo que todos los dias de fiesta se cojan todos los travajadores que salieren a la plaça y no se queden por coger en la ciudad vagando, so

pena a cada vno de los que se quedaren por coger de diez días de prision en la carçel publica desta çiudad, y que se ponga vn palo y argolla en la plaça de la Corredera desta çiudad, donde se ponga cada vno de los que no cunpliere lo suso dicho, por quatro horas, en las quales penas se dan por condenados lo contrario haziendo; y que cada lunes tengan cuidado los alguaziles desta ciudad, o por lo menos quatro dellos que nombrare el señor Corregidor, de visitar todas las tavernas y casas de posadas y plaças desta çiudad y prender los dichos vagamundos, y que así se pregone en esta çiudad. Y se cometio la execucion de este acuerdo al señor Geronimo de Valenzuela, veinte y quatro, y se le da comision bastante para ello, y con su çedula se de libranza en Propios de lo que se gastare en el argolla.

Otrosí, la Çiudad por quanto es informada que muchos azemileros andan vagando y jugando en el campo, aguardando otros y tomandoles el hato que llevan, y conviene rremediarse; la Çiudad acordó que se pregone que los dichos azemileros y harrieros se cojan luego y no anden vaganços, so pena de diez días de prision y questen en el argolla en la plaça de la Corredera, por quatro horas; y que los alguaziles de vagamundos, Andrés Fernandes tenga cuidado todos los días de hacerlo executar, y se pregone.»

El remedio tuvo que ser eficaz, porque en Cabildo no volvió a tratarse durante aquel año de la huelga de campesinos.

JOSÉ DE LA TORRE.



En Abril del próximo año de 1932 se celebrará el primer Centenario del nacimiento del gran periodista cordobés e inspirado poeta, D. Carlos Rubio. Por este motivo nos ha parecido de interés reproducir el poema «Napoleón», una de sus obras poéticas más destacadas, habida cuenta además de que por la rareza de las ediciones, esta obra, como casi todas las del ilustre literato, son de difícil consulta para los investigadores

El autor hizo preceder al poema de esta nota, de gran interés para el crítico.

« AL LECTOR

Este poema es un cosa rara, muy rara; al escribirle no he seguido el camino trazado por nadie; hasta he inventado un génesis para no usar los ya inventados. ¿He acertado? ¿Me he perdido? A estas preguntas tú eres quien ha de responder. Alguien habrá que no me entienda, aunque he procurado ser bien claro, y apelaré a la historia para censurar mi alegoría; yo debo únicamente advertirle que he escrito este poema como todo lo demás, para aquellos que creen que un libro no tiene más objeto que hacer pensar».

NAPOLEÓN ⁽¹⁾

POEMA

POR CARLOS RUBIO (1)

CANTO PRIMERO

Por la silenciosa atmósfera
Ruedan montañas de nubes,
Que como aves gigantescas
El azul del cielo encubren;
Y a lo lejos ronco trueno
Como presa fiera ruge,
Y las seculares rocas
Su rugido reproducen;
Más no las baña el relámpago
Con su amarillenta lumbre,
Ni las gotas de la lluvia
Con sus lágrimas inútiles:
Ni una ráfaga de fuego
Las secas hojas sacude,
Ni en la montaña se escucha
Rumor que su calma turbe,
Solo, el terror aumentando,
Del mar las ondas salubres
Braman lejanas, y á el alma
Pavor su bramar infunde;
Y algún ave de la noche
Que medrosa al nido huye.
Deja caer un gemido
Que la tempestad augure.
En silencio amenazante
Mar y tierra, hondas y nubes
Se miran cual dos atletas
Antes que iracundos luchen.
En la vida de los pueblos
También tal vez se producen
Esos momentos de calma
Cuándo a sus tiranos sufren;

Y luego, sobre él cayendo
En roncós gritos prorrumpen,
Y como fieras a un niño,
Le devoran, le destruyen...
Más torna luego la calma,
Nuevo tirano los unce
A su carro, y nuevamente
Tornan a su servidumbrel

Entre las sonoras rocas,
Que centellean al choque
De sus férreas herraduras,
Baja un corcel a galope.
Negro y rápido parece
Un fantasma de la noche,
Y del sol de Africa brillan
En sus ojos los fulgores.
En él un joven, un niño,
Que viste el galo uniforme,
Como clavado en la silla,
Triste y silencioso corre.
Ancha es su frente que un caos
De pensamientos esconde,
Y anuncian sus altas miras
Sus aguiñas facciones.
Sus garzos ojos destellan
Miradas que ningún hombre
Resiste, y flota esparcida
Su cabellera eu desorden,
Cual la tostada melena
Del feroz rey de los bosques.

(1) Este poema se insertó por primera vez en la publicación «Eco de los folletines», tomo I, Madrid, 1854.

(2) Carlos Rubio firmó muchas de sus composiciones con el seudónimo de Pablo Gámbara.

Y caballo y caballero,
 Que desalentados corren,
 Son un huracán viviente,
 Un monstruo alado e informe.
 Al verlos, algún viajero
 Los creyera precursores
 De la tempestad, los genios
 Tormentosos de la noche.
 De una alemana balada
 Los misteriosos actores,
 Que del infierno salidos,
 Las soledades recorren.

—

Algún día tan ligera
 Cual su corcel, á ese jóven
 Ha de llevar la victoria
 Eternizando su nombre;
 Pero hoy, del mundo ignorado,
 Perdido entre las legiones
 De los soldados franceses,
 Nadie su nombre conoce.
 Hoy una bala perdida
 Puede romper en su choque
 Ese huevecillo de águila
 Que al sol subir se propone;
 Puede romper la simiente
 Del cedro que á las regiones
 Del rayo alzará su copa,
 Dando sombra á todo el orbe.
 ¡Cuántos como él alentaron
 En sus fieros corazones
 Un alma, rayo divino,
 Que sería entre los hombres
 Como el brillante iucero
 Que al fin de la oscura noche
 Anuncia del nuevo día
 Los pálidos resplandorss;
 Y un ignorado suceso
 Que en flor su existencia rompe,
 En tumba ignorada encierra
 Sus gigantes ambiciones!

—

Es un soldado de Francia,
 Que de todas las naciones
 Conjuras contra ella
 Resiste al furioso choque.
 ¿Quién olvida aquellos días

Que un sol de rojos fulgores
 Alumbró? ¿Quién aquel tiempo
 De amarguras desconoce?
 Gimió el rey de las selvas y el desierto
 A ebúrneo carro de victoria uncido,
 Que la tímida infancia conducía;
 Gimió el genio vencido
 Que aprisiona el Vesubio, y en sombría
 Ira las hondas de la mar rugieron,
 Cuando hollar sus dominios tormentosos
 La vencedora humanidad sintieron;
 Mas rompió su cadena el soberano
 Del bosque al fin, y quebrantó a sus dueños,
 Un mar de fuego consumió a Herculano,
 Y las deshechas naves,
 Al fondo del abismo descendieron;
 Y como yerta losa de sus tumbas
 Las majestuosas aguas las cubrieron.
 Así en cadenas vieron
 Siglos de hierro al galo, y con su sangre,
 Y con su llanto de amargura tinto
 El purpurado manto penetraron
 Del pasado en el fúnebre recinto.
 Mas resonó la hora de venganza:
 Cual soterrado viento, que agitando
 Sus gigantescas alas poderosas
 Se alza montes volcando,
 Alzóse el pueblo al fin: tronos y altares
 Como tronchados árboles cayeron;
 Calles y plazas fueron
 De sangre hirviente procelosos mares;
 Estremeciósse el mundo,
 Y vieron las naciones asombradas
 En silencio profundo
 Sobre negro cadalso áurea corona
 Y al verdugo erigido en soberano,
 Por cetro el hacha en la nervuda mano,
 La venganza por ley. Sobre las negras
 Nubes de tempestad, con ojos fijos
 Contemplaron cien sombras el agosto
 Sacrificio ofrecido por sus hijos
 A sus sagrados manes, y entonaron
 Un himno de victoria,
 Que cubrió los gemidos
 De la ofrecida víctima espiatoria.
 Víctima sí, que el pueblo enfurecido
 Al querer destrozar a sus tiranos
 Tropezó con el mármol de la tumba
 Que en su santo recinto los guardaba

El rayo de furor con que amagaba.
 Arrebatado en frenesí sangriento,
 Tornó a sus hijos, y se hirió á sí propio,
 Desesperado de su vano intento,
 ¡Día de eterna y funeral memorial
 Entonce heroes sin cuento
 Oh Francia, tuvo tu dorada historia.
 Los hijos de los nobles que supieron
 Esclavizar la gloria,
 Serenos al patíbulo subieron;
 Asentado en su tumba, la amorosa
 Lira pulsó el cantor cual tierno cisne
 Que con poética y dulce melodía
 Celebra su agonía,
 Y oriada en flores la doncella hermosa
 Se desposó contenta con la muerte
 Sin conceder sus quejas á la suerte.
 Solo tú, pobre rey, triste heredero
 De un vacilante trono,
 Gemiste al verle derroscarse; acaso
 Solo causó tu muerte tu flaqueza;
 Acaso si elevaras la cabeza
 Con ánimo valiente
 Te respetara tu fatal destino;
 Mas te humillaste al pueblo en su camino,
 Rodó su carro y quebrantó tu frente.
 ¿Qué fué entonces la corte disoluta
 Cuya orgía interrumpió súbito el trueno?
 Caídas las mesas, el licor vertido,
 La ajada rosa que ostentó en su seno
 La noble prostituta
 Fué con las rotas copas confundida,
 Y la gran corte de Voltaire atea,
 Cual nueva Magdalena arrepentida
 Corrió á verter su llanto
 A los piés del altar del templo santo.
 En ignorado monasterio humilde
 Al son de la tormenta fulminante
 Clamó con voz temblante
 A la divina hostia, cuya pura
 Sangre bautizó al pueblo en el Calvario
 Al redimirle de su suerte dura.
 Entonces, como suelen conjuradas
 Las fieras, en su número fiando
 Combatir al león, o cual airadas
 Las olas retronando
 El alto escollo derribar intentan,
 Las naciones de Europa en fiero bando
 Sobre Francia cayeron

Y entre sí repartírsela quisieron.
 Pero era Francia el templo consagrado
 A la naciente libertad, que hermosa
 Como ídolo de mármol, exhumado
 De entre el polvo de cien generaciones
 En la tumba de un pueblo,
 Pasmaba de entusiasmo a las naciones.
 Anjel de nueva aurora, estrella pura,
 Una era nueva presagiaba al mundo
 De paz y amor, de gloria y de ventura,
 En que el riego fecundó
 De la sangre en el Gólgota vertida
 Y de los sacros mártires el llanto
 Debía producir el árbol santo,
 Perdido en el edem, de nueva vida.
 Fué esta guerra su fiesta; para ella
 Como un arco triunfante
 Estendió Dios el iris por los cielos,
 El combate humeante
 La dió inciensos y música, y el ara
 Fué toda Europa en que la sangre noble
 De una generación se derramara.
 Génio de alas de fuego que ceñido
 De púrpura y de lauro coronado,
 En el carro feroz de la tormenta
 Presides las batallas, dolorido
 Pulsa el plectro acerado
 De Tirteo que un tiempo preparaste,
 Y alza un himno en honor de los valientes
 Mártires que inmolados en la sombra
 Y sepultados hoy en el olvido
 La fama al siglo porvenir no nombra.
 A ellos deben sus jefes la victoria
 A ellos debió la libertad su trono
 Y su fosa común en abandono
 Dejó siguiendo al vencedor la gloria.
 Cayeron abrazando su bandera
 Y volviendo los ojos moribundos
 A Francia, como el árabe a su Oriente
 Sin que en su humilde tumba tristemente
 Nadie á verter sus lágrimas viniera,
 Que como el pueblo de Licurgo un día,
 Francia por sus heridas no lloraba;
 Ante la rota lanza que arrancaba;
 De ellas, á su enemigo dirigía.
 Tan solo en el silencio de la noche
 Brilla sobre sus tumbas una estrella
 Melancólica y bella
 Y en un ciprés que en ellas ha crecido

El viento, conmoviendo su ramaje
Semeja un melancólico gemido.

—

Perdido como una ola
Entre las olas del mar,
Entre esta legión de Scévolas
Napoleón el corso va.
La patria le dió su espada,
Su beso la libertad,
Y morir por una y otra
Juró ante el sagrado altar.
Una mujer, una niña,
Angel en forma mortal,
Que con su amor santo y puro
Le hizo el cielo adivinar,
Le siguió con su mirada
Desde su isla natal
Como el amante heliotropo
Al sol que á otros climas va,
Y luego, como esas flores
Que de la noche en la paz
Cierran su cáliz de aromas
Durmiendo en la oscuridad,
Dóbló su lánguida frente
De sonrisa angelical,
Cerró sus azules ojos
De dulcísimo mirar,
Y en los brazos de la muerte
Durmió su sueño de paz,
Como un niño que se duerme
En el seno maternal.

—

Su amante supo su muerte,
Y á su humilde tumba va
A derramar una lágrima,
La última que ha de llorar.
Va á dar á su corazón
Su postrer adiós quizá,
A su corazón guardado
Por la losa sepulcral.
Un momento concedido
A humana debilidad,
Y luego al rudo combate
De la vida volverá.
La desgracia temple el alma,

Como las olas del mar
Arrecian algunas piedras
Y nueva fuerza las dan,
Por la senda del martirio
Se llega al arco triunfal,
Y con el dolor luchando
Se le vence nada mas.

—

Perdida entre las rocas
Cual perla que en la orilla
Bajando la marea
Dejó olvidada el mar,
Hay una humilde tumba
Que adorna cruz sencilla
Y Napoleón sus lágrimas
Allí fué a derramar.

—

La estatua de la tumba
Parece inmóvil, yerto,
Solo, en la noche oscura
Que un astro no alumbró:
Su porvenir entero
Allí reposa muerto,
El porvenir al menos
Que en su ilusión soñó.

—

¿Qué importa que la vida
Le brinde triunfos, glorias,
Un puesto entre los héroes,
Un trono, hasta un altar,
Si aquella cuyo nombre
Resume sus memorias,
Sus glorias y sus triunfos
No habrá de presenciar?

—

Murió; una humilde cifra
Que el peregrino huella
Grabada en una losa
Solo al morir dejó.
Todo está mudo, inmóvil,
Oscuro, en torno de ella,
Como para él perdiéndola,
El porvenir quedó.

Plegaria

I

Aquí vengo a llorar sobre tu losa,
A recibir tu adiós y darte el mío...
Tú tan pura, tan buena, tan hermosa,
Eres astro apagado, ajada rosa,
Solo un cadáver friol
Estrella de mi infancia nebulosa,
Tu amor abrió las flores de mi alma,
Y contigo las llevas, cual la bella
Primavera al partir las dulces flores,
Que en el prado vertieron los amores,
Que vinieron con ella.
De ellas, como de tí, no queda nada
Sino un sepulcro mudo?
Quién sabe; el sol termina su jornada,
Mas no muere al velarse a nuestros ojos,
Que á otra región dorada
Va á derramar sus resplandores rojos.
Quizá así los que mueren, á otro mundo
Mas venturoso vuelan;
¿Quién se atreve á creer junto a la losa
De la mujer querida,
Que entera allí reposa?

II (1)

Esposa, hermana, amiga, ¿qué otro nom-
(bre
Mas dulce podré hallar para nombrarte?
Todos cuantos amores tiene el hombre
Cifré yo en tu amor único al amarte.

¿Cómo me dejas sin camino, ciego,
En la riscosa áspera pendiente,
Que solo alumbra serpenteando el fuego
Del rayo al estallar sobre mi frente?

Mi guía un tiempo y compañera fuiste,
Un tiempo que olvidar en vano anhelo;
Sin duda te ofendí y al cielo huíste...
¿Quién podrá amarte como yo en el cielo?

(1) Esta estrofa es una imitación de las bellísimas «cántigas» de Doña Carolina Coronado. En este estilo, el más audaz no se atrevería a ser original, y hay hasta arrogancia en querer ser imitador de la poetisa.

Tengo celos de Dios... Vuelve, paloma,
Vuelve a mi corazón, que él es tu nido;
De la flor de mi alma dulce aroma,
Dulce aura de mi aliento, ¿dó te has ido?

Oh! vuelve, vuelve ya... ¿qué te retarda?
Como el niño a su madre yo te amo,
Como el huérfano al ángel de su guarda,
¡Y no vienes a mí cuando te llamo!

II

Brilla tranquila la luna
En el limpio azul del cielo,
Y argenta su luz de hielo
El cristal de la laguna.

Un viajero que la mira
Ve reflejado en su undoso
Cristal un ángel hermoso
Que a los cielos se retira.

Le cree la ninfa bella
Del agua, y con la esperanza
De desposaría, se lanza
A la laguna tras ella.

Y al hundirse y al volver
Los ojos al firmamento
Vé al ángel con vuelo lento
Hacia su patria ascender.

IV

Ayl el mar del dolor era el espejo
Que pintaba tu imagen, ángel mío,
Mi locura abrazar quiso el reflejo,
Y encontró un desengaño ya tardío.

Subiste al cielo perfumando el viento:
Si te ofendí, perdona mis agravios...
Tuyo es, bien mio, mi postrer aliento,
Desciende a recogerle de mis labios.

Afinojado en la yerba
Que con su llanto rocia,

Así el desolado amante
 En su soledad suspira,
 Y al parecer nadie escucha
 Sus palabras doloridas,
 Que caen como las lágrimas
 En la estéril piedra fría.
 Las mas fieras tempestades
 Hieren las mas altas cimas,
 Y el dolor las grandes aimas
 Con mas fuerza martiriza.
 El corazón de los hombres
 Que el mundo postrado admira,
 Y á cuya augusta memoria
 Templos y altares dedica,
 Casi siempre se asemeja
 A la áridas ruinas
 Del olvidado desierto
 Dó Babilonia existía.
 Vasta soledad sin flores,
 Solo en ella se alza altiva
 Una palma que la tumba
 De todo un mundo cobija.

Blanda, rosada, lumbre melódiosa
 Como la luz de un alba que naciera,
 Nuncia de un sol de la mortuoria losa,
 En las calladas sombras reverbera,
 Y en medio de ella vaga y misteriosa
 Como ángel puro que dejó su esfera,
 Una mujer se eleva dolorida
 De la celeste claridad ceñida.

Vano fantasma de fébril delirio
 Por su impalpable vaguedad parece;
 Ciñe su frente el lauro del martirio
 En que un áureo lucero resplandece;
 Es su sonrisa triste como el lirio
 Que sobre tumba virginal florece,
 Y en sus ojos de amor descubre al alma
 El mar inmenso del amor en calma.

La blanca nube de quemado incienso
 Que se levanta de la sacra pira,
 A semeja al cendal que cubre denso
 Su cuerpo que á la nieve envidia inspira,
 Y asciende lenta en el espacio inmenso

Como la fada que en los aires gira,
 Al nacarado rayo de la luna
 Formada del vapor de la laguna.

¿Era un genio de amor? En nuestra era
 Por el escépticismo gangrenada,
 Arbol en el invierno que perdiera
 Flor á flor su guirnalda perfumada
 De celestes creencias, ¿quiéu creyera
 En esos genios que anunció inspirada
 La lira del cantor consoladora
 Del virgen mundo en la primera aurora?

Fuerza será explicar el nacimiento
 Y esencia de estos seres superiores,
 Que flotan impalpables en el viento,
 Que habitan en el iris de colores,
 De la luna en el rayo ceniciento
 Duermen, y en el capullo de las flores,
 Y al luchar en las aéreas soledades
 Forman las tremebundas tempestades.

En la profunda tumba, inmensa y fría
 De la insondable eternidad, que muda,
 Como ave gigantesca que su cria
 Cobija inmóvil, noche eterna escuda,
 Como un embrión informe todavía
 En el materno vientre, gira ruda
 La viviente materia conmovida
 Por el latente gérmen de la vida.

Cual la electricidad de los metales
 Brotan de las materias combinadas
 Las ocultas aun fuerzas vitales
 Por sus mismos principios engendradas,
 Y juntando sus fuerzas desiguales
 Revuelven las materias inflamadas
 Hasta reunir las en inmensa esfera
 Que reuna en sí la creación entera.

Parece una serpiente de colores
 Que de su propia cola se mantiene,
 La inmensa creación, de brilladores
 Mundos anillos que girando viene

En torno á los eternos resplandores
Del lucero de amor, lumbre perene
Que eterna en medio del abismo brilla
Como la luz de funeral capilla.

—
Y cada mundo en forma y en destino,
A cada instante con la edad varía;
Primero ardiente informe remolino,
Luego almo sol, después luna sombría
Que terminado su vital camino
Muere como un anciano, y de su fría
Ceniza que con otras se confunde,
Un nuevo mundo, un nuevo sol se funde.

—
Fué nuestro mundo en su primer ins-
(tante.
Embrión de fuego, caos encendido,
Sin rumbo fijo nubarrón flotante
Entre la oscura inmensidad perdido,
Rápido remolino curruscante
Que cual polvo y follaje confundido
Quizá arrastraba entre sus pliegues rojos
De otros cien mundos muertos los des-
(pojos.

—
Ni á otra ley que á su propio movimiento
En su ruda carrera obedecía,
Ni entre los otros mundos un asiento
Cual rueda de una máquina tenía;
Mezclábase con ellos turbulento
Como huracán de fuego, y encendía
Las formadas esferas que tocaba
Y en su raudó pasar las arrasaba.

—
Despojo por la muerte abandonado,
Monstruoso feto de futuro mundo,
Era por fieros mónstruos habitado
Engendros de su seno aun mal fecundo;
Porque el vital espíritu encerrado
De aquella enorme masa en lo profundo,
Hervía, y fermentando desbordaba
Y como espumas negras los lanzaba.

—
Ellos en un principio solos fueron
Del mundo habitantes; mas rodando

Las ardientes ruinas se fundieron
Un puesto entre los mundos ocupando,
Y en vez del feto informe que antes vieron
Las esferas atónitas rodando,
Rico de vida y luz entre arreboles
Apareció un sol nuevo entre los soles.

—
Y como aroma natural de aquella
Flor del espacio abierta a nueva vida,
Una generación radiante y bella
La cubrió por su lumbre producida
Y luchó con los mónstruos que con ella
Aun mantienen la lucha fratricida,
Pues hijos son de un padre, el amor santo
Que á los mónstruos maldijo con espanto.

—
Y estos génius también son materiales,
Aunque mas pura su materia sea,
Mas no podemos verlos los mortales
Ni aun fingirnos su forma en nuestra idea,
Que como al árbol de hojas desiguales
Falta un sentido con que al hombre vea,
También faltan al hombre otros sentidos
Por do ellos puedan serle conocidos.

—
Tal vez se mezclan en la vida humana
Y un cuerpo humano por asilo toman,
Y al eco solo de su voz tirana
Para su carro las naciones doman,
Fulminan su mirada soberana
Y de la ciencia el pedestal desploman,
Y muestran sonriendo al mundo todo
Sus rotos restos de dorado lodo.

—
Entre ellos es el mas bello
El ángel de los poetas,
Guardador del sacro *fiat*
Que del sumo amor hereda.
Blanca túnica le ciñe,
Emblema de su pereza,
Son el amor y la gloria
Las dos alas con que vuela;
Ciñen laureles dorados
Su dorada cabellera,
Que cual cascada abundante

Desciende de su cabeza,
 Y con sus rosadas manos
 La dorada lira temple,
 Y adormeciendo los ojos
 Que la eternidad reflejan,
 Entona un himno que todas
 Las melodías encierra,
 Rocio de melodía
 Que hasta las almas penetra.
 Los cantares con que halagan
 El oído los poetas,
 Y que en la lira del alma
 Despiertan dormidas cuerdas,
 Son reflejos de los himnos
 De aquella arpa de oro escelsa,
 Ecos perdidos que al mundo
 Entre rancos truenos llegan,
 Como en tempestuosa noche
 Entre las densas tinieblas,
 El melancólico rayo
 De una solitaria estrella.

—

Con blanda voz de mágica duizura
 Como la voz con que su amor confía
 Bañada de rubor la virgen pura
 A su joven amante,
 Y así par de la ternura
 De la de madre que acaricia al niño,
 Tierna flor de legítimo cariño
 Habla la sombra. Napoleón de hinojos
 La oye como Moisés á Dios un día,
 Inclínados los ojos,
 Cuando las sacras tablas recibía.
 Y bañada en sudor la angusta frente,
 Ceñido el pecho de placer y susto,
 Desfallecer se siente
 Ante el misterio de la muerte agosto.

—

Francés guerrero, dice, no conviene
 Femenil llanto ni infantil gemido
 En quien un puesto entre los héroes tiene
 Y un lauro en sangre humana humede-
 (cido.

Ni ¿á qué llorar por la mujer querida?
 No es espuma que el viento desvanece;
 La muerte es ilusión; dura la vida
 Lo que la creación: nada perece.

Yo, invisible á tus ojos, tu camino
 Constante guiaré, como la estrella
 Que guía en el desierto al peregrino,
 Como el fanal que en el peñón destella.
 En la liza tu escudo de diamante,
 Cuando duermas en paz, del mundo dueño,
 Cual la palmera su dosel flotante
 Mis alas tenderé sobre tu sueño.

—

Sierva humilde en las gradas de tu trono
 Será mi voz la que tus triunfos diga:
 Si un día perseguido en tu abandono,
 Lloras, seré tu cariñosa amiga.

—

Y cuando, rotos los humanos lazos,
 Toques del infinito la ribera,
 En ella abiertos hallarás mis brazos
 Cual los de esposa que a su esposo espera.

—

Marcha pues; la victoria tu camino
 De flores cubrirá de Ocaso a Oriente,
 Crinado astro de fuego, tu destino
 Entre dos siglos lucirá esplendente.

—

Dormirás en tu carro de victoria
 Por impávidas águilas llevado
 Del Tíber al Nilo, y sonará tu gloria
 En el desierto inculto e ignorado.

—

Y á tí, á tí, hijo del pueblo, cuantos reyes
 Ciñen la corona adorarán de hinojos,
 Y como esclavos por cumplir tus leyes
 Espiarán las miradas de tus ojos.

—

Tú debes empezar la nueva era,
 Moisés y César de la edad futura;
 El mundo todo tu palabra espera;
 Guía su marcha entre la sombra oscura.

—

El pueblo en el Calvario redimido,
 Huérfano por tutores espoliado,
 Hasta hoy entre cadenas ha gemido
 Y del pan del dolor se ha alimentado.

Hijo del pueblo, el tuyo es tu derecho;
De tí fia el alivio de sus penas,
Fuerza tiene tu mente y fé tu pecho:
Rompe pues de tu padre las cadenas.

—
Dice, y su aureola célica
Se eclipsa lentamente,
Cual la del sol vivífico
Que llega al Occidente,
Cual de una amada esposa
Los ojos al morir.
Torna a su calma fúnebre
El monte solitario,
Torna a vestir la atmósfera
Su manto funerario,
Y torna entre los árboles
El buho á su gemir.

—
Napoleón su espíritu

Desfallecido siente,
Como al volver el náufrago
Del vértigo reciente,
Con religioso miedo
Tembló su corazón.
Gira la vista atónita
La noche interrogando:
Todo es silencio lóbrego...
Solo se oye rodando
Lejano trueno cóncavo
Cual rugidor león.

—
Da á la tumba su última mirada
Y aiéjase de allí. Pronto en las rocas
Resuena el galopar de su caballo
Que se pierde a lo lejos, y en la sombra
Y en el silencio el monte confundido
Queda como la tumba silenciosa
Do yace muerto el corazón del hombre
Que hará su espada el cetro de la Europa.

CANTO SEGUNDO

París se despierta atónito
Al clamor de sus campanas,
Y al tronar con que ensordecen
El eco entonó las salvas.

Colgadas están las calles,
Enarenadas las plazas,
Y ventanas y balcones
Poblados de hermosas damas.

La multitud que se agita
En vivientes oleadas,
Como en un día de fiesta
Viste sus mejores galas.

Y cual murmuran las olas
Al espirar en la playa,
O mecido por el viento
Inmenso bosque de palmas.

Murmura por todas partes
Un zumbido sin palabras,
Que formado de cien voces
Venturosas se levantan.

¿Quién diría que produce
Esa fiesta, esa algazara,
Para adular á un tirano
Que arroja por fin la máscara?

¿Más qué tirano no tuvo
Un pueblo que le ensalzara,
Si la flaqueza del pueblo
De los tiranos es causa?

Ella los engendra, ella
Para volar les da alas,
Y de los crímenes de ellos
Ella debe ser culpada.

El pueblo es erial terreno,
Estéril en la ignorancia,
Pero que rica cosecha
Producirá si se labra;

El que quiera hacerle libre,
Déle en la instrucción un alma,
Y hágale vivir por ella,
Que no puede ser esclava.

Napoleón sale armado
De su tienda de campaña,
Y de un nuevo trono sube
Las poco seguras gradas.

El hijo del pueblo impone,
Con el cetro de su espada,
Temor á toda la tierra,
Su voluntad á la Francia.

Meteoro curruscante
De crines ensangrentadas,
¿Cuánto durará tu día?
¿Dónde caerás cuando caigas?

Como las tempestades de los mares
Las plantas de su fondo al cielo llevan,
Así las turbaciones populares
Ignorados espíritus elevan;
De su siglo brillantes luminares
Los prodigios históricos renuevan,
Y su vida, que eternamente dura,
Dan á la duda de la edad futura.

Así Napoleon al apogeo
De su gloria subió: ¡a ola sangrienta
De la revolución como un trofeo
Le alzó sobre la Europa turbulenta;
Rey de un pueblo de Brutos, su deseo
Fué su ley, y templando en la tormenta,
No conoció en sus planes colosales
Ni obstáculos, ni miedo, ni rivales.

Reyes unció á su carro de victoria,
Y tras de sí llevó pueblos enteros;
Fué de la tierra el árbitro en su gloria
Y la dió por botín á sus guerreros;
Anacrónico César, de su historia
Asombrados los siglos venideros,
Dudarán, presumiendo que Lutecia
La inventó cual sus fábulas la Grecia.

La predicción del alma enamorada
Entera se cumplió; más ¡ay! que olvida
El nuevo César su misión sagrada,
Y olvida al pueblo que le dió la vida.
Por pueril vanidad atormentada
Su alma de fuego, loca y engreída,
La causa de los pueblos abandona
Para ceñirse la imperial corona.

El moderno Mesías de la guerra
Un rey vulgar será; nuevo tirano
Que con su pié sojuzgará la tierra

Teniendo el rayo en la nervuda mano:
No eterno sol que oscuridad destierra,
Relámpagos de nube de verano
Pretende ser, y atrasa furibundo
La apetecida libertad del mundo.

El, de la libertad hijo querido,
Mata á su madre en su insensato anhelo
Sin escuchar su lánguido gemido
Ni el anatema que le lanza el cielo.
¿Quién, quién así su alma ha seducido?
¿Quién le cubre los ojos con el velo
Del error? ¡Ay! un genio funerario,
De nuestra santa libertad contrario.

Quando ella comenzare su reinado,
El morirá como la sombra muere
Ante el ardiente sol de luz bañado
Que con dardo flamigero la hiere:
El de la redondez la ha desterrado
Del mundo, y para siempre ahogarla quiere
Mas por fortuna sonará una hora
En que ella resplandezca vencedora.

Sí, la sangre en el Gólgota vertida,
De tantos siglos el continuo llanto,
Y de la humanidad desfallecida,
La fé constante y el anhelo santo
Vanos no habrán de ser: esta querida
Esperanza que alivia en su quebranto
Al alma; este deseo, son reflejos
De un porvenir que vemos desde lejos.

Todo está muerto y agostado en torno
Como en torno del lago de Sodoma;
La planta momia allí no presta adorno
Desnuda de color, falta de aroma;
Quemante como el hálito del horno,
El venenoso ambiente que se asoma
A la tartárea gruta quema y mata
Cuanto intenta brotar la tierra ingrata.

Ni la anillosa sierpe forma nido
Entre aquellos peñascos temerosa,

Ni el sediento león acude herido
A beber de aquel agua cenagosa:
Si un pájaro quizá cruza perdido
Aquel lugar que mortandad rebosa,
Cae bebiendo su atmósfera en su vuelo
Envenenado y corrompido al suelo.

Inmóviles las aguas pestilentes
De verdoso color que espesa el cieno,
Ni reflejan el cielo transparentes,
Ni el aura riza su tranquilo seno.
Lápida sepulcral que los rugientes
Vientos no turban, ni conmueve el trueno,
Aquella agua parece detenida
Mas allá de los lindes de la vida.

Si es la tumba de un pueblo maldecido
O de las pestes la mansión, se ignora;
Que pisada mortal no se ha atrevido
A violar sus contornos hasta ahora;
Solo en la noche ciega se ha creído
De lejos ver que cárdeno colora,
Exhalado del lago la alta cumbre,
Escaso resplandor de férrea lumbre.

Allí vive un espíritu maldito
De los genios de fuego el mas ardiente;
El mundo recorrió, y en él ha escrito
Con sangre su camino: no hay quien
(cuenta
De víctimas el número infinito
Que su furor sacrificó, y presente
Doquier, doquier aun pueblos asola,
Generaciones por doquier inmola.

Era una tarde: el alto firmamento
Como un toldo el nublado oscurecía,
Y en su seno agitándose violento
Feto del rayo el trueno ensordecía;
El rápido relámpago sangriento
En espiral de lumbre descendía,
Y á torrentes el agua que bajaba
Con un nuevo diluvio amenazaba.

Napoleon perdido en la espesura,

De su caballo ahijaba la carrera;
Mas no hallaba salida á la llanura
Ni abrigo alguno en la tormenta fiera;
Solo vió por su negra desventura
El antro en que el terrible genio impera,
Y fatigado é ignorando el miedo,
En él quiso acogerse con denuedo.

En vano su corcel se encabritaba
Olfateando el peligro; en vano bronco
El cielo retirarse le ordenaba
Con el rugido de su trueno ronco;
Napoleón de la lucha se irritaba,
Y atando su corcel á añoso tronco,
Con paso firme, entre la breña dura,
Buscó camino á la caverna oscura.

Al llegar á la boca cavernosa
De la gruta infernal, rodante trueno
Conmovió la montaña peñascosa
Soterrando rodando en su hondo seno;
Chocáronse las rocas; tormentosa
Su agua el lago agitó siempre sereno,
Y pareció que el orbe en la agonía
Como al morir Jesús se conmovía.

Y como inmenso cráter, desgarrando
Su boca la caverna, un mar de lumbre
La tierra en torno rápida inundando
Se reflejó del cielo en la alta cumbre.
Era oceano flamígero flotando
Bajo cobrizo cielo, y al vislumbre
Víanse en la caverna vagorosas
Pasar y repasar sombras medrosas.

En medio de ella alzábase gigante
Descarnado esqueleto que ceñía
A su frente corona curruscante,
Y en purpurado manto se envolvía;
Cual manajo de dátiles flotante
La amarillenta mano que estendía,
Parecía amenazar con su exterminio
Al que violar osaba su dominio.

—Detente, temerario, con árida
 Voz exclamó: detente; nadie puede
 Violar impune mi real morada,
 Sin que sujeto á su dominio quede;
 Tu alma queda á mi cetro esclavizada,
 Y como á mi poder ninguno escede,
 Durará, sin jamás ser redimida
 Tu esclavitud lo mismo que tu vida.»

—
 «Posees superior naturaleza
 A la naturaleza vil del hombre,
 Y por eso en un cielo de grandeza
 Como astro nuevo brillará tu nombre,
 Ceñirá aurea corona á tu cabeza,
 Y haré que tu camino el lauro alfombre,
 Pero constante abrazará tu alma
 Mi sed ardiente que jamás se calma.»

—
 «Poderoso te haré, mas solitario
 Al poseerie, en tu insensato anhelo,
 El mundo entero juzgarás precario,
 Y nuevos mundos pedirás al cielo;
 Será el manto imperial rojo sudario
 Que envolverá tu corazón de hielo,
 Y el fulgor con que ufano respandezcas
 Será la ardiente llama en que perezcas.»

—
 «Vé, yo tu aima seré, yo tu destino:
 Eres presa que el águila arrebató,
 Planta que de la orilla, en su camino,
 Arrancó la violeta catarata.
 ¿Cómo has de resistirme? Yo termino
 Y empiezo el golpe en que tu pecho lata,
 Enciendo tu deseo omnipotente,
 Y soy el pensamiento de tu mentel»

—
 Tal dijo el genio: y desde aquel mo-
 (mento
 Napoleon el grande fué en la tierra
 Su humana encarnacion, astro sangriento,
 Huracan de poder, rayo de guerra:
 La Europa entera fué su campamento,
 La humanidad su esclava, y cuanto en-
 (cierra
 El mundo fué botin de sus soldados.
 Por él del polvo al trono levantados.

En la puerta de la iglesia
 Los cardenales aguardan
 Al nuevo Saul que debe
 Ungir por su mano el papa;
 Y las tropas en dos filas
 Contienen las oleadas
 Del apiñado gentío
 Que de la pompa se paga.
 El sol su luz multiplica
 En las relucientes armas,
 Y caldea aquellas frentes
 En los combates tostadas.
 ¿Por qué la gente se agrupa?
 ¿Por qué las madres levantan
 En los brazos á sus hijos?
 ¿Por qué resuena esa salva
 De aplausos? ¿Es que ya viene
 El César? No: es que en la plaza
 Desemboca majestuoso
 Con su comitiva el papa.
 Miradle, va revestido
 Con las opulentas galas
 De los santos sucesores
 De Pedro, que su cabaña
 Dejó por seguir á Cristo,
 El Mesias de la santa
 Religion de la pobreza
 El que el lujo condenaba.
 Si los ascéticos padres
 De la comunión cristiana
 De sus seculares tumbas
 La desnuda frente alzaran,
 Sin duda le juzgarian
 Un orgulloso monarca.
 ¿Cómo conocer en él
 Al apóstol de la causa
 De los pobres, al humilde
 Consolador de las almas?
 Llegado al pórtico ofrece
 La aspersion al pueblo, y alzan
 Los cantores sus acentos
 Entonando oración sacra.
 Así el pueblo de Israel
 Yendo cautivo, entonaba
 Los salmos de su creencia
 Como un adios á su patria;
 Tambien la iglesia de Cristo
 Viene hoy en su jefe esclava
 A consagrar á un tirano

Que hace un cetro de su espada.
 Pero en su fé menos firme
 Que lo fué la iglesia hebraica,
 Sacrificará sumisa
 Al idolo de la Francia.

—
 De nuevo la apiñada muchedumbre
 Se agita redoblando el clamoreo
 Que se une al voltear de las campanas,
 Al tronar de la ronca artillería,
 Y al compás de la música armonía.
 El César viene al fin. Los reyes de armas
 Y los pajes le anuncian; luego vienen
 Dos mariscales con el cetro augusto,
 Férrea corona y centelleante espada
 De Carlo-Magno el imperial coloso,
 Estátua entre dos épocas aizada
 Que sostuvo en su mano levantada
 El imperio de Europa poderoso.
 Sigue Berthier que lleva el globo, imagen
 Del mundo, y á su lado
 Un chambelan con la bandeja de oro
 Para poner el manto purpurado.

—
 Majestuoso, altivo el nuevo César,
 Ceñida la corona refulgente
 En la serena frente,
 Marcha detrás. Las orlas de su manto
 Dos príncipes levantan, y en su diestra
 El signo del poder y la justicia
 Cual imágen de Dios al orbe muestra,
 Con él van sus antiguos compañeros
 Ahumados por el humo del combate,
 Aguilas imperiales que no abate
 Sino la calma, y duermen en su vuelo
 Como el ave del cabo tormentoso
 Cuando la tempestad incendia el cielo.
 ¡Salve de heroes escuadron glorioso!
 Aquel de frente pálida que un triste
 Presentimiento en su mirar revela
 Es Lannes, el Rolando del ejército:
 En torno suyo vuela
 Como el buitre en redor del moribundo,
 El invisible arcángel de la muerte
 Con su llameante acero furibundo
 Apercebido á quebrantar el fuerte
 Lazo de amor que él solo romper osa
 Y que une á Lannes y su bella esposa.

¡Pobre mujer! Cual tórtola viuda
 Pasará en tristes lágrimas el día
 En soledad umbría,
 Y cuando el vuelo tienda noche muda
 Robándose á la fiesta como amante
 Llegado de la cita al tardo instante,
 Amante y solitaria
 A la tumba que encierra sus amores
 Descenderá á llorar una plegaria
 Sobre la losa derramando flores.
 El mundo á Laura y Eloisa admira:
 ¿Qué falta á tu dolor, augusta dama,
 Para honrar á la fama
 Sino sonar en acordada lira?

—
 Detrás va Ney, valiente entre valientes,
 De áspera lengua y ánima templada
 Como su ardiente espada
 Al fuego del cañón, cual los nerviosos
 Audaces cazadores
 Del brasileño tigre, necesita,
 Para animar su vida, los horrores
 De la batalla que su pecho agita
 Presta fuerza á su brazo omnipotente
 Y dá acierto á su voz, luz á su mente.
 Con él marcha Duroc, fuego entre hielo,
 Del nuevo César el mejor amigo,
 Y que está destinado por el cielo
 A ser precio de un triunfo glorioso:
 Sobre su herido pecho moribundo
 Verterá Napoleon las solas lágrimas
 Que habrá de verle derramar el mundo.

—
 Tambien va Daumesnil, nuevo Leonidas
 A quien Napoleon la vida debe
 Y Murat, huracan de las batallas,
 Y otros cien y otros cien que, ¿quien se
 (atreve
 A enumerar los héroes de aquel pueblo
 Con sangre amamantado
 Y al son de los combates arrullado?
 La mirada de un génio vivifica
 Las almas, y produce otros cien génios
 Que honor dan á su historia,
 Cual las crines de un astro chispeantes
 Lanzan en el espacio curruscantes
 Los satélites hijos de su gloria.

¿Qué ha sucedido? Un suceso
Estraño, la ceremonia
Suspende, cual un espectro
La bacanal borrascosa.
Así la antigua Pompeya
Oyó dar su última hora
En el reló de los siglos
Poblando el circo gozosa,
Y los que empezará gritos
De alegría, con voz ronca
Concluyó en un ¡ay! de muerte
Que hizo retemblar las rocas.

—
Napoleon, que empuñando
El águila victoriosa
Marchó en la lid siempre osado,
Tiembra y se detiene ahora:
Su frente que la mirada
De la muerte altiva afronta,
Por primer vez palidece...
¿Qué terrores le acongojan?
Quizá Dios con invisible
Rayo su pecho destroza,
Porque en la arca de la ley
Sacrílega mano posa.
¿Será un ejemplo á los siglos
Desde lo alto de su gloria
Cayendo como Luzbel
Cando al fin ansiado toca?
No; impenetrable el destino
Le deja marchar, le otorga
Los vedados homenajes
Que en su delirio ambiciona,
Le permite que á su orgullo
Haga el sacrificio idólatra
De la libertad del mundo
Porque aun reinar no la toca,
No ha de cimentar su trono
La guerra; que ella no adorna
Su frente con rojos lauros,
Sino con oliva y rosas.
La industria, la hija querida
De Dios, las artes hermosas
La traerán, y entrelazando
Unas naciones con otras
Harán una gran familia,
No solo de nuestra Europa,
Sino de todos los pueblos
Que el sol con sus luces dora.

En la puerta de la iglesia
Cual dos estátuas marmóreas
Ve Napoleon sus dos genios
Que el paso al altar le estorban.
El solo los ve, invisibles
Para las miradas todas
Como los remordimientos
Para él solo cuerpo toman.

El Genio Bueno

Detente, temerario,
No irrites a tu Dios
Que puede derrumbarte
Lo mismo que te alzó.
Te envió como un profeta
Heraldo de su voz
A redimir al mundo:
Acaba tu misión.
O cuando se termine
Tu día de esplendor
Fulminará en tu frente
Su justa indignación.

El Genio Malo

La fuerza de tu brazo es tu derecho,
Obra tuya la gloria,
A quien el ancho mundo viene estrecho;
Tú eres tu solo Dios, tú quien ha hecho
Esclava la victoria.

—
Sigue: tocas al fin de tu jornada,
Y coronar es justo
Con la imperial diadema tu sagrada
Frente ya en el combate coronada
Con laurel mas augusto.

—
Tú harás feliz a Francia: aun no conviene.
La libertad al mundo, aun es un sueño:
Mar despues de un diluvio, Francia tiene
Necesidad de un dueño que la enfrene.
Sé tu su único dueño.

—
Tú que á sus enemigos quebrantaste,
Su gloria has consagrado,

Sus confundidas leyes ordenaste,
Y de nuevo las aras levantaste
De su templo arruinado.

Su fé, su gloria y su injusticia han sido
Las obras que tú has hecho:
Francia entera es tu obra; te ha elegido
Por su señor, porque ha reconocido
Tu paternal derecho.

Napoleon vacila. Siente el pecho
Temblar; mas vence al fin su genio malo.
«La religion consagra mi derecho,»
Dice, y entra en el templo. La armonía
De los himnos y vivas nuevamente
Llena el espacio, y como mies que el viento
Agita biandamente
La multitud se agita. Solo triste
Ahogado entre los gritos de alegría
Se levantó un gemido:
El del genio del pueblo dolorido,
Que de la Francia para siempre huia.

CANTO TERCERO

En el medio de un mar sin horizonte
Se alza como una palma en el desierto
Arido, seco, peñascoso monte,
A medias por las aguas encubierto.

Producto acaso de volcan tremendo
La abraza un sol de fuego eternamente,
Y ronca tempestad hiere rugiendo
La corona de rosas de su frente.

Nido de la marina gaviota
Quizá fué un tiempo y del cóndor asilo;
Hoy britano pendon en ella flota,
Y á su pié un pueblo inglés vive tranquilo.

Y á ese peñon perdido entre los mares,
A ese nido de águilas marinas,
A ese montón de piedras seculares,
Quizá caos de históricas ruinas.

Cruel encadenara la Inglaterra
Como fiera feroz, como un vestigio
Al árbitro en Europa de la guerra,
Señor del mundo y semidios del siglo.

Que los tiempos magnánimos pasaron
En que un hogar Temístocles hallaba
Entre sus enemigos, que guardaron
La hospitalaria ley que él reclamaba.

Es la hospitalidad ley de salvajes
Como lo es el respeto al heroísmo,
La civilizacion solo da ultrajes
Al valor que ha caído en el abismo.

Ignora la piedad, y vanidosa
Agitando ella misma su incensario,
Se llama noble y grande, y generosa,
Y perdonar no sabe á su contrario.

La política ordena su esterminio,
La egoista razon de conveniencia
Que ha estendido doquiera su dominio
Matando la grandeza y la conciencia.

¡Héroes, pasad cual vuestro siglo! ahora
Ofendeis á este siglo de pigmeos,
Que con títulos vanos se decora
Presumiéndose abortos gigantesos.

Si caeis no espereis que él os socorra,
Porque jamás á compasión se mueve,
Que perdona el leon, pero la zorra
La yerta sangre del cadáver bebe.

Allí está Napoleon: el que sostuvo
Lucha indecisa con el mundo entero,
Allí está, no humillado, aunque vencido.

¡Respetad su desgracial Prisionero
De su enemiga Albion, como en un manto
Se envuelve en su silencio majestuoso,
Y en su lenta agonía aun orgulloso
Ni un suspiro murmura su quebranto.
Morirá como héroe él que ha vivido
Como héroe y como rey entre los reyes:
Jamás tan grande el mundo le ha creído
Ni jamás fué tan grande en su grandeza.
¡Respetad su desgracial Ya ha caído!

—
Como las confusas sombras
Que la lámpara espirante
Agita en redor, recuerdos
De sueños y realidades
En torno de él congregados
Al par le agitan y abaten,
Encendiendo sus deseos,
Remordiéndole infernales.
Quizá entonces á su alma
Se revela ya hartado tarde
La única verdad del mundo,
Que entonces, como un cadáver,
Puede disecar la vida
Y analizar sin turbarse,
La eternidad, que á sus ojos
Tardo desengaño abre.

—
¿Quién dirá lo que medita
Cuando al declinar la tarde
Solo, inmóvil, en su roca
Contempla los anchos mares?

—
El mar... imagen del pueblo
En quien flotan vacilantes
Los tronos, cual las espumas
Flores del agua y el aire,
Cuando lucha con el cielo,
Único rival que alcance
A despertar sus enojos
¿Quién hay que su furia iguale?
Respetar el tiempo su frente
Que no marcan las edades
Con su sello, y en su sueño
Solo osa el hombre surcarle,
Y en sus arenas dormido

Inmenso e impenetrable,
Sublime es para el poeta
De la eternidad imagen.
Da al alma un presentimiento
De inmortalidad, y hace
Que sus pesares olvide
Confundiéndola un instante
En la creación inmensa
De que ella es chispa impalpable,
Átomo que del Ser único
Cual formó formará parte.
Oh inmenso mar! quién pudiera
Imitar en sus cantares
El murmullo de tu calma,
La voz de tus tempestades!
Quién hallará melodías
Para hacer latir, cual late
Al escucharte mi pecho,
El del mundo al escucharme

—
Medita en su caída. Ha pretendido,
Sobre sus hombros levantar un mundo
Y le rindió su peso, y ha caído
Para no levantarse moribundo.

—
Un tiempo fué que un ángel de esterminio
La amedrentada tierra le creía,
Y resistir no osaba su dominio
Ni apelar de su injusta tiranía.

—
Pero no sabe España ser esclava.
Y con lucha titánica en que acaso
Su desesperación fuerza la daba,
De su carro triunfal detuvo el paso.

—
¡Gloria á mi patria! Ufanense sus hijos!
Ser de España es un título de gloria,
A pesar de los crímenes prolijos
Con que después oscureció su historia.

—
Pobre, inerme, cautiva entre cadenas,
Por su cobarde rey abandonada,
Agotada la sangre de sus venas,
De orín cubierta su guerrera espada.

Se alzó como león á quien procura
Astuto cazador atar dormido;
Un esfuerzo... rompió su ligadura
Y agitando la crin lanzó uu rugido.

Que los pasmados ecos repitieron
Del uno al otro mar. Guerrera toma
La espada que sus padres se ciñeron
Cuando lucharon con Cartago y Roma.

Alza el pendon que levantó Pelayo
En las rocas de Asturias, y al coloso
Va cual condor que provocando al rayo
Dirige el vuelo al cielo tempestuoso.

Puede quizá morir, no ser vencida;
Ni esclava puede ser de gente estraña,
Mientras un español quede con vida
Napoleon no reinará en España.

Veé, cada matorral y cada roca
Es el nido de un duro guerrillero
Que siete siglos á luchar provoca
Al génio vencedor del mundo entero.

Su deseo es morir como valiente;
Ser digno de su pátria, su esperanza;
Si nadie habrá que sus hazañas cuente,
Habrà quien á sus manes dé venganza.

Como en la caza al jabalí se ojea
Y en batidas se sigue al enemigo,
Y no hay un solo risco á quien Platea
No envíe el triunfo de que fué testigo.

Sexo y edad se olvidan en la fiebre
Que á la nacion abraza; el tardó anciano
Lleva á su hija menor á que celebre
Peleando el natalicio de su hermadeo.

La madre de la mano moribunda

De su hijo arranca el formidable acero,
Acudiendo á vengarle furibunda
Antes de darle el beso postrimero.

Y en las ciudades... inmortal Gerona,
¿Quién te puede olvidar? Ciña tu nombre
De el laurel de los héroes la corona
Cuyo eterno esplendor al mundo asombre.

Y tú, ciudad Cesárea, sin mas muro
Que el pecho de tus hijos denonados,
Cuyo estóico valor te dió el seguro
Tras de tus edificios desplomados,

Como la mar que furibunda ruge
El secular escollo contrastando,
Dos veces concentró todo su empuje
En deshacerte el enemigo bando,

Y dos veces venciste, que tu brio
La peste sola dominó.—Aun apenas
Te despuntaba el bozo, padre mio,
Y allí corrió la sangre de tus venas.

Tu nombre no escribió ninguna historia
Aunque conserva un rasgo de tu aliento;
Quizá de la fortuna hija es la gloria,
Y es un juego de azar su valimiento.

Rey y patria contigo ingratos fueron:
Ellos, los dos amores de tu alma,
Tu sangre que ambos mundos recogieron
Ni aun te produjo una gloriosa palma,

Oividado en la vida y en la muerte
Cual lanza rota en el combate impio,
Ni aun me ha dejado tu contraria suerte
Sepulcro en que llevarte, padre mio

En la terrible noche en que velando
Tu sueño eterno al lado de tu lecho

Estuve las heridas contemplando
Que hermoseaban tu valiente pecho;

—

En estas horas que al dolor profundo
Dan todos, mas que yo dí al pensamiento
Para poder comprarte en este mundo
El último, el mas triste alojamiento:

—

Noche en que ni una lágrima siquiera
Desahogó, revelando mi cariño
Mi corazón hinchado, noche fiera
Que bastó á convertir en hombre al niño.

—

Yo recorrí tu veneranda historia,
Los triunfos y las penas de tu vida,
Y procuré buscar en mi memoria
Qué galardón llevaste á tu partida.

—

Tan solo el que te daba tu conciencia
En tu pobreza, y el que darte debe
En un mundo mejor la providencia,
Si hay una que razón del mundo lleve.

—

Sirvió, dije, á los reyes de la tierra:
Ved el pago que dan. La ardiente hoja
Se aprecia quebrantándola en la guerra,
Después de rota con desden se arroja.

—

¡Padre querido! quiero consagrarte
Un postrero recuerdo funerario.
Si no tengo una tumba en que llorarte,
Mi corazón será tu santuario.

—

Silencio!.. Llegó el agosto
Momento en que se recoge
A orar la naturaleza
Al genio de los amores.
El mundo parece un templo;
Solo á lo lejos se oye
Melancólica campana
Que dobla en morena torre.
El cielo azul y diáfano

Con dudosos resplandores
Esmalta tímida estrella
Mensajera de la noche,
Y al occidente aun alumbra
Con rojo color de cobre
Del sol el postrer reflejo
Sobre los mares inmóviles,
Semejante á la memoria
Que cuando el genio se pone
Abandonando la tierra
Por otros mundos mejores
Deja tras sí, lentamente
Palidece, se recoge,
Y se disipa en la atmósfera
Dando lugar á la noche.

—

Todo es calma religiosa;
Quien tenga un alma, que ore;
Que es la hora de los recuerdos,
Una su espíritu el hombre
Al de la naturaleza
Y deje que se remonte
Al infinito su mente
Con la esencia de las flores.

—

¿Qué vision en el ocaso
Se eleva? ¿Es vapor informe?
¿Es la oracion de la tierra
O ángel de las ilusiones?
Blanca túnica le cubre
Y sus cabellos recoge
Con el lauro de los mártires
Con una estrella por broche.
Un poeta le creyera
El sueño de sus amores,
El alma de amante muerta
En su primavera, un joveu;
Napoleon le ve... sus ojos
Se dilatan, sus facciones
Palidecen... un suspiro
Hincha su pecho, é inmóvil
Sin poder hablar estiende
Los brazos... mas sin que torne
La vista, sigue ascendiendo
El ángel á sus regiones,
Y sueño ó vapor del agua,
Alma ú oracion del orbe

Cual la luz del sol se pierde
En las sombras de la noche.

—
El rey prisionero lanza
Suspiro que nadie oye,
Y que con las hojas secas
Lleva el viento de los bosques:

Su genio bueno huye al cielo
Y al huir le desconoce;
Su mal genio á su alma unido,
Sin que separarle logre,
Convierte su corazón
En un antro de dolores,
Y hace su vida cadena
De penas y confusiones.

CANTO CUARTO

Murió: solitaria tumba
En Santa Elena encerraba
Al que en su mano abarcaba
Del uno al otro confín;
Y el dueño del mundo un día,
El que tronos concedía,
Solo tuvo de limosna
Una tumba en que dormir.

—
Quizá al declinar la tarde
Algún inválido anciano,
A orar por su soberano
A su humilde tumba fué,
Y contemplando la losa
Dijo en su dolor profundo:
«Ved lo que queda en el mundo
De un gran imperio de ayer.»

—
Quizá tropezando en ella
Diría algún ambicioso:
«Quisiera seguir tu huella
Aunque á dar viniese aquí,
Que el pesar de haber caído
El que tan alto ha subido,
No le arrebatara el orgullo
De haber osado subir.»

—
Un rey de Francia á su patria
Llevó esta tumba gloriosa
Con gran pompa religiosa
Como un blason nacional,
Porque quiso en su recuerdo
Apoyar un débil trono
Que amagaba con su encono
La tormenta derribar.

Hoy la Francia le venera
Como un título de gloria;
La página de su historia
La mejor de todas fué;
Su nombre se encarnó en Francia
De tal modo, que no puede
Olvidarse mientras quede
Nombre del pueblo francés.

—
Que al divorciarse ambicioso
De la libertad del pueblo,
Todo su ardor amoroso
A su pátria convirtió.
En ella fundó su orgullo
Que hizo de ella un patrimonio,
Y constante testimonio
La daba de su afición.

—
Los antiguos monumentos,
Tesoros de las naciones,
De recónditas regiones
Para ornarla hizo traer,
Y con las joyas del arte
Su museo enriquecía,
Colocando cada día
Una nueva en su pared.

—
La dió un código y un ara,
La educó en el honor santo,
Y en la virtud que olvidara
En su febril conmoción.
Y la cercó de un ejército
Que su trono defendiera,
Y su tributaria hiciera
Cuanta tierra baña el sol.

Que quería que su patria
Como Roma se elevase,
Teniendo al mundo por base,
Pueblo de los pueblos rey,
Y que fuera mas honroso
En uno y otro hemisferio,
Que ser señor de un imperio,
Ser ciudadano francés.

Los pueblos son ambiciosos.
Quieren gloria á cualquier precio;
Dieron su sangre gustosos
Por ella á Napoleon,
Y en el día de victoria
Corrían como en Sparta,
La madre á cantar la gloria
Que su hijo la costó.

Aun el pueblo en sus canciones
Con orgullo le recuerda:
Su nombre entre sus blasones
Coloca en su ardiente fé;
Y un oscuro aventurero,
A ser fruto de su stirpe
Y de su nombre heredero,
Debe el imperio francés.

En la hora triste y sombría
En que en el espacio encuentra
El ángel del día que entra
Al del moribundo día.
Cuando en calma silenciosa
Mar y cielo, monte y llano
Yacen en el sueño, hermano
De la muerte misteriosa,
Derrama su luz de hielo
Tranquila luna argentada
Como lámpara colgada
De la bóveda del cielo.
El aire pesadas mueve
Anchas nubes que reflejan
Sus rayos y que semejan
Marinos montes de nieve,
Y la luna detrás de ellas
Se oculta á ratos, dejando
Solo la noche alumbrando

Tristes y escasas estrellas.
En esta fúnebre calma
En el hombre se suspende
La vida mortal, y asciende
A otras regiones el alma
Como un ángel desterrado
Que cobra su libertad
Y surca la inmensidad
Del espacio ilimitado.
Y desde la altura mira
Perdido allá en lo profundo
Del espacio á nuestro mundo,
Que entre yertas sombras gira.
Punto negro, astro apagado,
Parece que se derrumba
Como un anciano en la tumba
Por su propia edad llevado;
Y al verle el alma sonrie
Recordando cómo el hombre
En esta estrella sin nombre
Con su grandeza se engrie.
En la vida en que se azoran
Se asemejan los humanos
A la turba de gusanos
Que un cuerpo muerto devoran;
Y sueñan gloria y amores
Y placeres y martirios,
Y se ven en sus delirios
De la creacion señores.
Quizá presto un viento adverso
Se llevará de pasada
Esa hoja seca y ajada
Del árbol del universo,
Y el hombre ébrio de poder,
Morirá sin quedar huella
Ni siquiera de la estrella
En que ha recibido el ser.

En Waterloó, en el campo
Donde murió su gloria
Sepulcro de un imperio
Que esclavizó á la Europa,
Napoleon sus huestes
Con ronca voz convoca,
Espectro que reclama
Su ejército de sombras.
Entonces, como un día,
A la voz poderosa

De Daniel respondieron
 En sus lechos de roca
 Los muertos partidarios
 Del capitán de Córcega,
 Acuden presurosos
 Y en escuadron se forman:
 Armados esqueletos,
 Ensangrentadas momias
 Despliegan sus banderas
 Y sus caballos montan,
 Y detrás de su jefe
 Como en aquellas horas
 En que moderno César
 Los guió á la victoria,
 Por el diáfano espacio
 En confusion galopan
 Sobre el dormido mundo
 Que su revista ignora.

Como oleada de polvo su nube
 El zafiro del cielo oscurece,
 La fantástica nube parece
 De los diablos que al sábado van;
 Mueve el aire sus blancos penachos,
 Y sus armas bruñidas argenta
 Luna triste que al par trasparente
 Sus espectros cual blanco cendal.

Y recorren los yermos lugares
 De que aun guardan sus almas memoria,,
 Los lugares que vieron su gloria
 Cual su pérdida vieron despues;
 Y allí encuentran a nuevos guerreros
 Que murieron allí peleando,
 Y acrecido con ellos su bando
 Sobrepuja á los vivos tal vez.

Porque el hijo de Córcega el mundo
 Recorrió como ardiente centella,
 De ceniza y de sangre ancha huella
 Señalada dejando tras sí,
 Fué la tierra el panteon de su hueste,
 Hecatombe á su gloria ofrecida
 Que formó con la mas escogida
 Juventud de uno al otro confin

Él visita el Egipto sombrío
 Como un sabio en su oscuro desierto
 Por la sombra en su sueño cubierto
 Que sus altas pirámides dan;
 Ya pasó, ya es tan solo una tumba,
 Menos aun, un ruin cenotafio,
 Cuyo vano y pomposo epitafio
 Ni un cadáver oculta detrás.

Su simbólico poema de piedra
 Escribió, la escritura inventando,
 Y despues el cincel arrojando
 Quien lograra leerle esperó.
 Terminó su mision en la tierra,
 Y pasó cual la flor moribunda
 Cuyo polem la tierra fecunda
 Por el viento esparcido en redor.

Marcha á Italia, la hermosa cautiva
 Que al compás de su lira de oro
 Suspendido en sus ojos el lloro
 Canta mágicos himnos de amor.
 Vuelve acaso al pasado los ojos
 Y se esfuerza en romper sus cadenas,
 Pero pronto, olvidando sus penas,
 Continúa su amante cancion.

Viene á España, la hermana de Italia,
 El David que le hirió con su piedra,
 Y que ahora en sus furias se arredra
 Y en el triunfo detiene su pié.
 Ave nunca del nido salida,
 Es capaz de elevarse hasta el cielo,
 Pero antes que empiece su vuelo
 Duda y teme las alas tender.

Mira á Francia y sonríe... á Alemania
 Con su hueste fantástica llega,
 A Alemania que muda sosiega
 De sus nieblas ceñida en redor;
 Pais de sueño, Egipto moderno,
 De la ciencia árbol siempre fecundo,
 Con Lutero engendró un nuevo mundo,
 Nueva senda á la Europa marcó.

Y así corre hasta tanto que dora
 Con su blanda mirada el espacio,
 Nueva Venus, la pálida aurora,
 De la espuma naciendo del mar,
 No podrá reposar en la tumba
 Hasta tanto que muera la guerra
 E ilumine en su trono á la tierra
 El sol nuevo de la libertad.

—

La libertad, aspiracion divina,
 Fé del poeta, porvenir del hombre,
 Primer amor de mi inocente infancia
 Y mi última ilusion, mi único norte;
 La lira de mi alma cuyas cuerdas
 La tormenta rompió, ya no responde
 A otro eco que á tu voz; para ti sola

Tiene una fibra que suspira amores.
 Yo creo en tí y te adoro, si eres sueño.
 Si eres un fuego fátuo tras quien corre
 La loca humanidad, y que le guía
 A una tumba vacía y sin un nombre,
 Por ser la única hoja de mi alma,
 Arbol un tiempo ufano de sus flores,
 No te apartes de mí, lleva mi vida.
 Cuando como las otras me abandones.
 Yo quiero que tú brilles en mi tumba
 Lámpara eterna de mi eterna noche,
 Yo quiero que la cubras con tus alas
 Y sobre ella desolada llores;
 En cambio, si mi sangre necesitas,
 Por tí la verteré, fiel á tus órdenes,
 Y dulce me será morir pensando
 Que tú mi aliento al espirar recoges.



NOTICIAS

El 14 de Abril se proclamó la República española. En Córdoba, en la cual las elecciones municipales que motivaron la caída de la Monarquía, fueron de un éxito completo, a favor de las candidaturas republicanas, se hizo la proclamación y entrega a las autoridades republicanas, en medio de un gran entusiasmo popular y sin incidentes de ninguna especie.

Nuestra Academia, en la sesión que celebró el día 18, acordó felicitar a aquellos de sus socios que habían obtenido cargos públicos en el nuevo régimen, como fueron los señores don Eloy Vaquero, Alcalde de Córdoba; don Ramón Carreras, Presidente de la Diputación; don Antonio Jaén, Gobernador civil interino de Córdoba los primeros días de la República, y elegido después de Málaga, y don Manuel Ruiz Maya, gobernador civil de Almería.

—En la sesión del 20 de Junio se designaron académicos correspondientes en Buenos Aires, a los señores don José Eugenio Compañi y don Félix B. Visillac.

—En el mes de Mayo se inauguró en los jardines del Duque de Rivas e inmediata a la estatua del Duque poeta, la Biblioteca popular que lleva el nombre de este ilustre patricio, instalada en la pérgola que sirve de fondo a su dicha representación monumental. Asistieron las autoridades, niños de las Escuelas públicas y estudiantes de Centros Superiores, quedando abierta al servicio público bajo la custodia del Excmo. Ayuntamiento de la ciudad, su fundador.

BIBLIOGRAFIA

Libros recibidos

- José M.^a Rey Díaz, **Historia de Córdoba**. Córdoba, 1930.
José M. Camacho Padilla, **Verano 1931**. Córdoba, 1931.
—**Guía Lírica de Córdoba**. 1930, Málaga.
—**Libro de Lectura y Ejercicios de Idioma Español**. 1929, Córdoba.
—**Prácticas de Idioma Español**. 1930, Córdoba.
—**Un Cuento Andaluz**. Córdoba, 1927.
—**Un Manuscrito del poeta cordobés**. 1927, Córdoba.
—**La Poesía Religiosa de D. Luis de Góngora**. 1927, Córdoba.
—**El Crimen de Simeón**, novela. Reus, 1925.
—**Lectura y Análisis**. Tijola, 1925.
—**Literatura Latina** (Vademecum del Bachiller en Letras). Córdoba.
—**Literatura Española** (ídem). Córdoba.

